11839

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL VERGONZOSO
EN PALACIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS

DEL MAESTRO

TIRSO DE MOLINA. (Pseud.)

REFUNDIDA POR Gabriel Tellez

DON CALIXTO BOLDUN Y CONDE.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.--40.--2.°
1875

7

ADICION AL CATALOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1875

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Ciento por uno	1	D. F. Tusquets y Moly de Baños	Todo.
El espejo de cuerpo entero	1	Diego Luque	»
El templo de la inmortalidad, loa	1	Diego Luque	»
Nobleza de amor	1	José Jackson Veyan.	»
¡Ojo alerta!	1	E. Jackson Cortés	»
Una cana al aire	1	E. Jackson Cortés	»
Un consejero de estado	1	F. Lopez Valois	»
Usted es mi padre	1	E. Jackson Cortés	»
¡Venganza noble!	1	Robustiano Trelles	»
Los corazones de oro	2	L. Mariano de Larra.	»
Un lio entre dos castaños	2	Calixto Boldun	»
Cazar en terreno propio	3	Manuel Nogueras	»
El maestro de hacer comedias	3	E. Perez Escrich	»
El vergonzoso en palacio	3	Calixto Boldun	»
Moneda falsa	3	Coupigny y Barrera	»

EL VERGONZOSO EN PALACIO.

NOTA. *Se considerarán furtivos todos los ejemplares que no lleven el sello del autor y una marca reservada.*

EL VERGONZOSO EN PALACIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS

DEL MAESTRO

TIRSO DE MOLINA,

REFUNDIDA POR

DON CALIXTO BOLDUN Y CONDE.

Representada por primera vez en Madrid, en el Teatro del CIRCO, para la inauguracion de temporada, la noche del 30 de Setiembre de 1575.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
D.ª MAGDALENA.....	SRTAS. ELISA BOLDUN.
D.ª SERAFINA.....	DOLORES ABRIL.
MIRENO.....	SRES. RAFAEL CALVO.
EL DUQUE DE AVERO.....	DONATO GIMENEZ.
LAURO..	LEOPOLDO VALENTIN.
DON ANTONIO.....	RICARDO CALVO.
EL CONDE DUARTE.....	JOSÉ CAPILLA.
RUI-LORENZO.....	PEDRO ABBAD.
TARSO.....	MARIANO FERNANDEZ.
FIGUEREDO.....	JOSÉ CALVO.
EL ALCALDE.....	TOMÁS INFANTE.
DÉNIO.....	FERNANDO CALVO.
VASCO.....	JUAN PEÑA.
UN CAZADOR.....	PERAL FORNOZA.

La escena es en Avero, villa de Portugal, y en las cercanías de ella. —Años 1400...

Esta refundicion es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A MI HIJA ELISA,

Honra de mis canas y encanto de mi corazon.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/elvergonzosoenpa540moli

ACTO PRIMERO.

Bosque —Al levantarse el telon atraviesan el monte en último término algunos cazadores y jauría al toque de trompas de caza: despues de una pausa salen por el bosque derecha el Duque de Avero y el Conde, de cazadores, con venablos.

ESCENA PRIMERA.

DUQUE, CONDE.

DUQUE. De industria, á esta espesura retirado
vengo de mis monteros, que siguiendo
un jabalí, celosos, nos han dado
el lugar que pedís; aunque no entiendo
con qué intencion, confuso y alterado,
—cuando en mis bosques festejar pretendo
vuestra venida, conde don Duarte,—
dejais la caza por hablarme aparte.

CONDE. Basta disimular: sacá el acero,
(Desenvaina el suyo.)
que ya olvidado os comparaba á Numa;
el que desnudo veis Duque de Avero,
os dará la respuesta en breve suma.

DUQUE. Qué decís?

CONDE. Que de lengua al caballero
ha de servir la espada, no la pluma,

que muda dice á veces vuestra mengua.

DUQUE. Rayo es la espada que parece lengua,
y pues con ella estais, y así os provoca
á dar quejas de mi, puesto que en vano,
refrenando las lenguas de la boca
hablen sólo las lenguas de la mano,
(Desenvaina.)
si la ocasion que os doy, que será breve,
á decirme el motivo ántes no os mueve.

CONDE. Bueno es que así disimuleis los daños
que contra vos el cielo manifiesta!

DUQUE. Contra mí el cielo?

CONDE. Si en los muchos años
de vuestra edad prolija, el miedo presta,
Duque de Avero, excusas, no hay engaños
que á alucinarme sirvan: la respuesta
que me pedís, ese papel la afirma
con vuestro sello, vuestra letra y firma.
(Le arroja un papel.)
Tomadlo pues, es vuestro; que el criado
que sobornásteis para darme muerte,
es en lealtad de bronce, y no ha bastado
vuestro interés para matarme en suma.

DUQUE. Que yo llegué á escribirle?

CONDE. Que en mi Estado
me quitase la vida; y de esta suerte
no os espante que os diga y lo presuma,
que en vez de espada ejercitais la pluma.

DUQUE. Rudo ataque á mi honor le inferis fuerte.
¿Que yo os mandé matar?

CONDE. (Levantando el papel que arrojó.)
¿Podreis el sello
negar de vuestra casa?

DUQUE. Ah! No! Y tampoco
que esta es mi firma.

CONDE. Ved si me querello
con justa causa!

DUQUE. Estoy despierto ú loco?

CONDE. Leed ese papel, que con leello
vereis cuán justamente me provoco
á tomar la venganza por mis manos.

DUQUE. Qué intriga es esta, cielos soberanos!

(Lee.) «Para satisfaccion de algunos agra-
»vios, que con la muerte del conde de
»Estremoz se pueden remediar, no hallo
»otro medio más fácil que la confianza que
»en vos tengo puesta; y para que salga
»verdadera, me importa,—pues sois su ca-
»marero,—seais tambien el ejecutor de mi
»venganza: cumplidla y veníos á mi Estado,
»que en él estareis seguro y con el premio
»que merece el peligro á que os exponeis
»por complacerme. Sírvaos esta carta de
»creencia y dádsela á quien os la lleve, ad-
»virtiéndole lo que importa la brevedad y el
»secreto.—De mi villa de Avero á doce de
»Marzo de mil cuatrocientos años.—El
»Duque.»

CONDE. No sé qué injuria os haya jamás hecho
la casa de Estremoz, de que soy conde,
para degenerar del noble pecho
que á vuestra antigua raza corresponde.

DUQUE. Si no es que algun traidor ha contrahecho
mi firma y aun mi sello, en quien se esconde
algun secreto enojo con que intenta
con vuestra muerte mi perpétua afrenta.
Vive el cielo!... que sabe mi inocencia
y conoce el autor de este delito,
que jamás en ausencia ó en presencia,
por obra, por palabra ó por escrito
procuré vuestro daño: á la experiencia
—si quereis aguardalla—me remito.
Oh! Ayúdeme el Señor á que esta tarde
sepa yo quién la trama urdió cobarde.
Confieso la razon que habeis tenido;
y hasta dejaros, Conde, satisfecho,
que suspendais el justo enojo os pido
y sosogueis el alterado pecho.

CONDE. Yo soy contento, Duque: persuadido
me dejais algun tanto.

DUQUE. (No sospecho
quién el autor ha sido de este insulto,
que con mi firma y sello viene oculto.
¿De quién pensar yo puedo tan ruin tra-

ESCENA II.

DICHOS, CAZADORES, MONTEROS y JAURÍA.

CAZ. 1.° Rindióse el jabalí!
DUQUE. Dísteisle caza?
CAZ. 1.° Diéronsela tus perros corredores,
que á sus colmillos les cerraron plaza.
CONDE. Y vuestra habilidad tambien, señores,
en el ojeo...
DUQUE. Ah! sí...
CAZ. 1.° No hemos dejado
á vida jabalí, corzo ó venado.
DUQUE. Hay mucha presa?
CAZ. 1.° Habrá la suficiente
para que tus acémilas no tornen vacías.
DUQUE. Que se ha muerto!
CAZ. 1.° Más de veinte
en ciervos y paletos, porque adornen
las puertas de palacio con su frente,
hasta que del mochuelo en nido tornen.
Muerto hay á más un oso temerario.
Sin la caza menor, porque esa espanta.
DUQUE. Mátase en este bosque de ordinario
gran suma de ella tras de cada planta.

ESCENA III.

DICHOS, FIGUEREDO.

FIGUER. Ah! Os hallo al fin, señor?...
DUQUE. Con prisa tanta,
¿qué venis á anunciarme que me importe?
Descansad y decid. ¿Qué hay en mi córte?...
FIGUER. Una traicion que habemos descubierto,
que por tu secretario aleve urdida,
al conde de Estremoz hubiera muerto
si llegára la noche.
CONDE. Á mí?
FIGUER. La vida
á un azar la debeis y á mi cautela.
CONDE. (Ap.) (La voz de mi conciencia bien advierto!)

DUQUE. ¿Rui-Lorenzo á esta trama dió concierto?
CONDE. (Ap.) (Engañé la hermosura de Leonela
su hermana, y luégo ingrato despreciéla!)
DUQUE. Gracias al cielo que por la justicia
del inocente vuelve! ¿Y de qué suerte
se supo la traicion de su malicia?
FIGUER. Llamó en secreto á un mozo pobre y fuerte
y como puede tanto la codicia,
prometióle, si al Conde daba muerte,
enriquecerle, y para asegurarle,
dijo, señor, mandabas tú matarle.
DUQUE. Mas ¿qué le indujo, en fin, contra mi fama?
FIGUER. Aquesta noche prometió en efecto
cumplirlo el mozo; pero el mozo que ama,
es pródigo de hacienda, y de secreto
y á una moza contóselo indiscreto;
ésta á su madre, y en el mismo dia
ya todo Avero la traicion sabía.
DUQUE. Prendió al parlero mozo la justicia?
FIGUER. Sí: Lorenzo se huyó con un criado,
cómplice en sus traiciones y malicia.
Todo esto el preso al juez ha confesado.
DUQUE. Á tiempo aquí tragísteis la noticia.
¿Veis, Conde, cómo el cielo ha averiguado
todo el lance y mi honra satisfizo?
Rui-Lorenzo mi firma contrahizo.
CONDE. Yo... (Disculpándose.)
DUQUE. Averiguar primero las verdades
que ciego acometer, fué la prudencia
de sábias y discretas cualidades.
CONDE. No sé qué le responda á vuexcelencia.
Nunca debí creer... Perdon os pido.
DUQUE. Vuestra falta relego ya al olvido.
Pésame que el autor de aqueste exceso
haya huido!
FIGUER. Ya haremos por buscalle
gran diligencia.
DUQUE. Yo al que muerto ó preso
le trujere, prometo de entregalle
la hacienda que él dejó.
CAZ. 1.° Si ofreces eso
no habrá quien no le busque.

DUQUE. Verá dalle
todo este reino un ejemplar castigo.
Vamos, Conde? (Tomándole del brazo.)
CONDE. (Ap. al Duque.) (Ah! Señor...)
DUQUE. Quedais mi amigo. (Vánse.)
(Dentro tocan trompas de caza.)

ESCENA IV.

LAURO, MIRENO, TARSO. Los tres visten de pastores, con sayo largo y caperuza: Mireno saca azadon: Tarso trae pala, alforja y bota.

LAURO. (Oh! Él es, si mal no le ví!...
(Mirando adentro.)
Es el gran Duque de Avero;
y aunque este traje grosero
desmiente el que ayer vestí,
prudente obró mi cuidado
en evitar que él me viese
y á su memoria acudiese
un recuerdo del pasado.)
(Tarso se sienta y come de la alforja.)
MIRENO. Padre, ¿por qué si no ignora
tu amor la mucha alegría
que me da una cacería,
me apartas de la que agora
de aqueste monte se aleja?
Déjame que sus senderos
les enseñe á los monteros...
LAURO. Ah! no: mi amor te aconseja
proseguir en las labores
del campo, más provechosas
al cuerpo, que no azarosas
costumbres de los señores.
Y á mayor gloria convida
producir del suelo un grano,
que por sólo gusto vano
quitar á un bruto la vida.
TARSO. No está bien matar un lobo?
Ríome de tus consejos;
pues perdices y conejos

bien te gustan en adobo! (Bebe de la bota.)

LAURO. Que en fin, volvemos ya á casa?

MIRENO. Si no lo tomas á mal
junto aqueste manantial
quedo en tanto que el sol pasa.

LAURO. Sea. Adios!

MIRENO. No he de abrazarte?

LAURO. Sí, hijo mio, y otra vez;
pues pronto ya mi vejez
tal consuelo ha de privarte.
(Se marcha por el monte apoyado en su báculo. Mireno, al verle marcharse, manifiesta gran sentimiento.)

ESCENA V.

MIRENO, TARSO.

TARSO. La tarde fué aprovechada. (Bebe.)

MIRENO. (Ahogando me está la pena!)

TARSO. De mucho trigo y avena
quedó la troje atestada!
Ya Lauro no ha de temer
que ogaño nos falte pan
como antaño, que á su afan
grano hay mucho que moler.

MIRENO. Á Dios las gracias le envío,
pues no olvida en su grandeza
la ancianidad y pobreza
del que llamo padre mio.

TARSO. Del que llamas? Bravo modo
tienes de honrar á tal padre.
(Levantándose enojado.)
Pues no te engendró en tu madre?
Te crees formado del lodo
como nuestro padre Adan?

MIRENO. Oh, Tarso, las burlas deja;
oye atento y me aconseja
en mil dudas que le dan
al alma fiero tormento.
Siéntate. (Sentándose abatido.)

TARSO. No es gran trabajo; (Se sienta.)

siéntome: tú echa á destajo
dudas y penas al viento,
á que las llore un amigo.

MIRENO. La mucha satisfaccion
que tengo de tu aficion
me obliga á tratar contigo
lo que á no quererte tanto
ejecutara sin tí.

TARSO. De ver que me hablas así
tan sériamente me espanto.
Contigo desde pequeño
me crió Lauro, y aunque
con mis ovejas podré
gobernar casa y ser dueño,
quiero más por el amor
que hace tiempo te he cobrado,
ser en tu casa criado
que en la mia ser señor.

MIRENO. En fe de haber descubierto
mi experiencia que es así,
y hallar, Tarso, ingenio en tí,
—si bien que humilde, despierto—
quisiera en tu compañía
probar si hasta donde alcanza
la barra de mi esperanza
llega la ventura mia.
Mucho há que me tiene triste
mi altiva imaginacion
cuya soberbia ambicion
no sé en qué estriba ó consiste.
Considero algunos ratos,
que los cielos, que pudieron
hacerme noble y me hicieron
un pastor, fueron ingratos.
Y que, pues, con tal bajeza
me acobardo y me avergüenzo,
puedo poco pues no venzo
mi misma naturaleza.
Tanto el pensamiento cava
en esto, que ha habido vez,
que afrentando la vejez
de Lauro mí padre, estaba

por dudar si soy su hijo
ó si me hurtó á algun señor...

TARSO. Crees?...

MIRENO. No: que de su amor
mi necio engaño colijo.
Mil veces con él á solas
ya le pregunté si acaso
el mundo, que á cada paso
honras anega en sus olas,
le sublimó á un alto asiento
y derribó del lugar
que intenta otra vez cobrar
mi atrevido pensamiento.
Porque el ser advenedizo
él aquí, da esta opinion;
y su mucha discrecion
dice claro que es postizo
su grosero oficio y traje.

TARSO. Cierto. Aunque más lo reporte
mejor le cuadra á la córte
que á los campos su lenguaje.

MIRENO. Si alguna vez quise yo
aclarar mis confusiones,
él con largas digresiones
giro á otros sucesos dió;
que todos paran en ser
—contra mis intentos vanos,—
progenitores villanos
los que me dieron el ser. (Se levanta.)
Esto, que tiende á humillarme,
con tal ímpetu me altera,
que de esta vida grosera
me ha forzado á desterrarme
de mi casa, y á buscar
lo que el hado me destina;
que á cosas grandes me inclina,
y algun bien me ha de allegar.
Que si tan bajo nací
cual mi padre me crió,
cuanto más me encumbre yo
más vendré á deberme á mí.

TARSO. Jesús! (Persignándose se levanta.)

MIRENO. Si participar
quieres mi mal ó mis bienes,
ocasion propicia tienes.
(Gesto de Tarso para interrumpir.)
Déjame de aconsejar
y determínate luégo.

TARSO. Para mí bástame el verte,
Mireno, de aquesta suerte:
ni te aconsejo ni ruego.
Discreto eres y estudiado
has con el cura: yo quiero
seguirte, aunque considero
de tu padre el gran cuidado!

MIRENO. Tarso, si dichoso soy,
yo espero que he de trocar
en contento su pesar.

TARSO. Y cuándo hemos de irnos?

MIRENO. Hoy.

TARSO. Tan pronto? Y con qué dinero?

MIRENO. De dos bueyes que vendí,
lo que basta llevo aquí.
Vamos derechos á Avero
y compraréme una espada
que echo ménos.

TARSO. Plegue á Dios
que no volvamos los dos
como perro con pedrada!

MIRENO. Vamos.

TARSO. Espera, no avances
tan aprisa en tus estragos...
(Saca la bota.)
que sólo á fuerza de tragos
podré pasar estos lances.
(Recoge la alforja, los vieldos y azadones, y se prepara á marchar.)

ESCENA VI.

DICHOS, RUI-LORENZO, VASCO. Bajan del monte.

VASCO. Bebe del manantial que ya conoces
y huyamos lo más pronto de estos sitios,

si no las postas nos darán alcance;
y los villanos de estas cercanías
que nos buscan cual galgos á la liebre,
nos habrán de atrapar y llevar presos.
Pero ¡ah! que allí están dos...

RUI-LOR. Qué! Esos villanos
pacíficos se muestran y sin armas;
poco mal vos harán.

VASCO. Pléguele al cielo!

MIRENO. Tarso, despacha ya... no vuelva Lauro
y estórbenos marchar.

TARSO. Bueno es llevemos
algo de que comer...

RUI-LOR. Calla y lleguemos.—
¿Adónde bueno, amigos?

TARSO. Eh! Dos moscones?
(Escondiendo la bota.)

MIRENO. Á la villa á comprar algunas cosas
que habemos menester. ¿Está allí el Duque?

RUI-LOR. Allí quedaba.

MIRENO. Déle vida el cielo.
Y vosotros, dó vais? Porque esta senda
se aparta del camino real; no guía
tampoco á las cabañas que se apoyan
en la falda del cerro, y no quisiera
que perdidos la noche os sorprendiera;
que hay lobos en el bosque asaz hambrientos,
y acometeros pueden.

RUI-LOR. Tus palabras
declaran tu bondad, pastor amigo.
Por vengar la deshonra de una hermana
intenté dar la muerte á un poderoso;
y sabiendo mi honrado pensamiento,
manda el Duque de Avero que me prenda
su gente por aquestos despoblados.

MIRENO. ¿Por una hermana son vuestros cuidados?

RUI-LOR. De un altivo señor que habita en Évora
y es amigo del Duque, la falsía,
llegó á hacerle á mi hermana la promesa
de alzarla hasta su esposa, y con malicia,
—buscando una ocasion á ello propicia,—
hizo violento bruto en su honor presa.

MIRENO. Ah! Y despues la olvidó?
TARSO. (Ap. á Mireno.) (Mal se lo aliña...)
MIRENO. Qué dices?
TARSO. Si á su hermana le importase
—por más que el otro audaz la festejase,—
guardar mejor las uvas de su viña,
no las catára el otro.
MIRENO. Desatinos!
TARSO. Menos Lucrecias hay que hubo Tarquinos.
MIRENO. Lástima me habeis dado; y vive el cielo
que si como la suerte avara me hizo
un humilde pastor, noble me hiciera,
por mi cuenta tomára vuestro agravio.
Lo que se puede hacer, de mi consejo
es que los dos troqueis esos vestidos
por estos que llevamos, (Señalando los suyos y encubiertos
os librareis mejor, hasta que el hado
á daros su favor tal vez comience,
que la industria, señor, peligros vence.
RUI-LOR. Oh noble pecho, que entre paños toscos
descubres el valor mayor que he visto!...
Páguete el cielo, pues que yo no puedo,
ese favor!
MIRENO. La diligencia importa:
venid, y en cualquier cueva trocaremos
el traje...
(Se marcha Rui-Lorenzo. Mireno va á seguirle y Tarso le detiene.)
TARSO. Aguarda.
MIRENO. (Á Rui-Lorenzo.) Vuestros pasos sigo.
Qué me quieres?
TARSO. Que yo vuelvo á mi tema
de que ese hombre te engaña, ó al menguado
su hermana le trocó su mal fregado.
MIRENO. Lo que en ésta pasó no hace á mi cuenta:
leal ayudo al que sufrió la afrenta. (Váse.)

ESCENA VII.

TARSO y VASCO.

TARSO. Defiéndese una gata como un puño
del amor de un gatazo cari-romo,
por los caramanchones y tejados
con sólo decir, *miaú*! y echar un *fú*! *fó*!
y quieren ciertas *dáifas* persuadirnos
que cedieron tan sólo á la violencia
ó á la ocasion? Bellacas! Yo aseguro,
si como echa á galeras la justicia
los forzados, echase á las forzadas,
que hubiera ménos, y esas más honradas.

VASCO. Venid tambien, daréisme vuestro sayo.

TARSO. Cómo es eso? ¿Trocarme habré en lacayo?

VASCO. Aqueso nos conviene.

TARSO. Á vos lo explico;
mas no que yo me aforre en piel de mico.
En fin, vamos allá, ya que mi dueño
de hoz y de coz metióme en este empeño.
(Anda muy despacio.)

VASCO. Venid, que el tiempo apremia!
(Llevándosele. Tarso se deja ir hasta el bastidor y retrocede á buscar la alforja con la bota.)

TARSO. Aguarda un tanto,
que en procesion me lleve aqueste santo,
al cual yo me en-*comiendo* en ocasiones
con largas oraciones,
cuando por el no-ayuno estoy temiendo
cólico padecer ó indigestiones,
en la ocasion propicia
de un hartazgo de nabos de Galicia;
pues muchos de ellos vienen de esa tierra
que habémoslos partir con hacha y sierra.

VASCO. Tamaños son?

TARSO. Si fuesen de tasajo,
sirvieran de alimento y agasajo
á toda una familia en dos inviernos.
De uno que yo merqué de los más tiernos,
llegué á sacar madera la bastante

á hacer seis taburetes y una mesa,
(Contando por los dedos.)
un arado con yugo por delante,
cinco zuecos, un cofre y una artesa;
y á más, de sus astillas y su broza
labralles pude á mis cochinos choza,
y aun al cura he de hacelle en lo que queda
púlpito en que el sermon decirnos pueda.
Ah! no fuese tamaña esta hija mia,
á la que estoy curando hidropesía!
(Por la bota.)
Apenas la acaricio, es tan menguada,
que ya la veo pez con pez pegada.
Reparad cuál se encoge.
(La empina y bebe. Vasco se lo estorba.)

VASCO. Buena es esa!
Si alejarnos de aquí corre tal priesa,
en eso me detienes?

TARSO. Yo?...

VASCO. (Tocando la empuñadura.) Anda, digo!...
Si voto á bríos, que haré!...

TARSO. Cruel enemigo!...
Que yo cure á mi bota te rebota?
Exíforas, Satan! Pues que eres moro,
vete, y me deja en la oracion devota
de esta panzuda imágen que yo adoro!
Déle yo el beso que mi amor le envía!...
(Empina Tarso y Vasco se lleva la bota.)

VASCO. Á ver si agora vienes!

TARSO. Sí á fe mia!
Hasta el limbo seguirte habré ligero,
que la bota es iman y yo só acero.
(Váse tras Tarso.)

ESCENA VIII.

CAZADORES, ALCALDE, DENIO y PASTORES.

CAZ. 1.° Ya los vestidos y señas
de amo y criado expliqué.
Busquemos...

ALCALDE. Yo los pondré,

(á hallarlos) cual digan dueñas.

DENIO. Que quiso matar al conde?

CAZ. 1.° Eso quiso!

ALCALDE. Par de Dios!...
que si los cojo á los dos
y el diablo no los esconde,
que he de llevarlos á Avero
con cuerda y grillos!

DENIO. No, cá!
Qué bestia los llevará?
No la mia.

ALCALDE. Regidero,
no os metaís en eso vos,
que no empuño yo de balde
esta vara. No só alcalde?
Pues yo juro á nom de Dios
de que háis de her lo que publico,
y los dos presos llevar
con grillos hasta el lugar,
á lomo tú ó tu borrico.

CAZ. 1.° Busquémoslos, que despues
concertaremos el modo
con que han de ir.

ALCALDE. El monte todo
está cercado: por piés
no se han de ir, no, pésia al cura
que los encrismó.

CAZ. 1.° Busquemos.

ALCALDE. Sin registrar no dejemos
ni un chaparro en la espesura.
(Se marchan por el monte.)

ESCENA IX.

MIRENO, vestido con el traje de RUI, y éste con el de Mireno.

RUI-LOR. De tal manera te asienta
el cortesano vestido,
que me hubiera persuadido
á que eres hombre de cuenta,
á no haber visto primero

que ocultaba la belleza
de tu talle, la bajeza
de aqueste traje grosero.
(Señalando el que él viste.)

MIRENO. (Con negativa.)
Oh! cuando viste un villano
las galas del traje noble,
parece imágen de roble
que no mueve pie ni mano.

RUI-LOR. No así tú.

MIRENO. Tambien se diz,
si al villano se sospecha,
que es pared de adobes hecha
que cubre rico tapiz.

RUI-LOR. Pues cuando yo en tí contemplo
el desenfado con que andas
y el donaire con que mandas
ese vestido, otro ejemplo
hallo en tí más natural
que vuelve por tu decoro,
y te llamo imágen de oro
que encubrió tosco sayal.
Alguna nobleza infiero
que hay en tí, pues te prometo
que te he cobrado el respeto
que al mismo duque de Avero.
Hágate el cielo como él!

MIRENO. Y á tí, con sosiego y paz,
te vuelva sin el disfraz
á tu estado, y fuera dél
con paciencia vencerás
de la fortuna el ultraje.
(Enternecido y mirando hácia dentro.)
Busca agora en ese traje
mi padre... allí... que hallarás
consuelo en él: de él te fía,
y dile que me destierra
mi inclinacion á la guerra.
Que espero en Dios que algun dia
(Enjugando una lágrima.)
buena vejez le he de dar,
y adios... (Dándole la mano.)

RUI-LOR. Pague él lo que os debo.
MIRENO. Llevais la espada?
RUI-LOR. La llevo
para poder evitar,
si me conocen, mi ofensa.
MIRENO. Oh! Haceis bien. Andad con Dios,
porque Tarso y yo, los dos,
aunque vamos sin defensa,
no la habemos menester.
(Ap.) (Allá espadas compraremos.)

ESCENA X.

DICHOS, VASCO.

VASCO. Vámonos, señor. Qué hacemos
ya aquí? Me quisiera ver
cien leguas de este lugar.
MIRENO. Y Tarso?
VASCO. Allá desenreda
mis ropas que agora queda
comenzándose á abrochar.
MIRENO. Idos ya...
RUI-LOR. Al agradecido
no dais los brazos?
MIRENO. Sí á fe!...
y de amigo!
RUI-LOR. El cielo os dé
fortuna de bien nacido! (Vánse.)

ESCENA XI.

MIRENO.

Del castizo caballo descuidado
el hambre y apetito satisface
la verde yerba que en el campo nace,
si huelga el freno del arzon colgado.
Mas luégo que el jaez de oro esmaltado
le pone el dueño, le habla y fiestas le hace
argenta espuma, céspedes deshace
con el pretal sonoro alborozado.

Del mismo modo entre la encina y roble
criado con el rústico lenguaje
y vistiendo sayal tosco he vivido.
Mas despertó mi pensamiento noble
como al caballo el cortesano traje,
que aumenta la soberbia el buen vestido!

ESCENA XII.

DICHO, TARSO, con el vestido de Vasco.

TARSO. Ya que estoy enlacayado,
pése á mí!... y tú caballero,
¿qué hemos de hacer?
MIRENO. Ir á Avero,
que este traje ha levantado
mi pensamiento de modo
que á extrañas esferas vuelo!
TARSO Tú querrás subir al cielo
y daremos en el lodo.
Mas pues eres ya otro hombre,
no es bien que mudes de nombre?
MIRENO. Yo?
TARSO. El de Mireno no es bueno
para nombre de señor.
MIRENO. Dices bien; no soy pastor
ni he de llamarme Mireno.
Don Dionis en Portugal
es nombre ilustre y de fama.
Don Dionis desde hoy me llama.
TARSO. No lo has escogido mal;
que los reyes que ha tenido
de ese nombre esta nacion,
eterna veneracion
ganaron á su apellido.
MIRENO. Para honrarle en él me ensayo.
TARSO. Ahora bien, ya que te ensalzas,
dame un nombre que á estas calzas
les venga bien de lacayo,
que ya el de Tarso me quito.
MIRENO. Escógele tú á tu antojo.
TARSO. Si no lo tienes á enojo,

no será bueno?. .

MIRENO. Cuál?

TARSO. Brito.

Qué te parece?

MIRENO. Estremado!

TARSO. (Riendo estúpidamente.)

De ca...brito es, ¡vive Dios!...
pero á bien que de los dos
sólo tú has de ir... á casado.

ESCENA XIII.

DICHOS, ALCALDE, DENIO, CAZADORES, PASTORES, con armas y cordeles, por el monte.

ALCALDE. Válgame el dimoño, amen!
Que no los hemos de hallar!...

CAZ. 1.° (Bajando del monte.)
Si no es que saben volar,
imposible es que no estén
entre estas matas y peñas.

DENIO. Busquémoslos por lo raso...
Oh! Aquellos son!

CAZ. 1.° Hablad paso;
que si no mienten las señas
son los propios.

ALCALDE. Ea!... atadle
los brazos, pues veis que están
sin armas!

(Los pastores cogen por detrás á Mireno y Tarso y los atan. Los Cazadores los amenazan con sus armas.)

CAZ. 1.° Rendíos, galan.

CAZ. 2.° Alto al rey!

ALCALDE. Tené al alcalde!

MIRENO. Qué es esto?

TARSO. Estais en vosotros?
Por qué nos prendeis?

ALCALDE. Por gatos!

TARSO. De qué desvan?

ALCALDE. Mojigatos!...
no os han de valer quillotros

para dar la muerte al Conde.

CAZ. 1.° Aún preguntais vos, por qué
os prendemos? Bueno á fe!

TARSO. Qué Conde ó qué muerte?

MIRENO. ¿Adónde
nos habeis visto otra vez?

ALCALDE. Eso os lo dirá el verdugo
cuando os cuelgue cual besugo
de las agallas y nuez.
(Atan juntos á Mireno y Tarso.)

MIRENO. Á tener aquí una espada
os fuérais arrepentidos.

TARSO. (Al trueque de los vestidos
debemos esta gatada!)

MIRENO. Ten ánimo!

TARSO. Ay don Dionís,
mal lance!

DENIO. Qué barbullís?

ALCALDE. Ea! Calle el ballacon!

TARSO. Callar?... Ni puedo, ni quiero.

MIRENO. Dónde nos llevais?

ALCALDE. Á Avero.

MIRENO. Pues ten, Tarso, corazon,
que cuando el duque nos vea
caerán éstos en su engaño
sin que nos mande hacer daño.

TARSO. Ay! Quiera Dios que así sea! (Vánse todos.)

MUTACION.

Salon de palacio, con puertas laterales y rompimiento de tres arcos en el fondo.

ESCENA XIV.

D. ANTONIO y FIGUEREDO.

El primero sale por el foro y se encuentra con Figueredo, que le aguarda en la puerta derecha del actor.

FIGUER. Entrad, don Antonio!

ANTONIO. (Imponiéndole silencio.) Paso!...

No me nombreis, que no quiero
hagais de mí tanto caso
que me conozca en Avero
el Duque: á Galicia paso
donde el rey don Juan me llama
para en asuntos tratar
de la guerra...

FIGUER. Sé que os ama.

ANTONIO. Con todo, aquí he de quedar
por ver si es justa la fama
que ofrece el lugar primero
de esta córte, á la hermosura
de las hijas del de Avero;
pues hay álguien que murmura
si miente el vulgo ligero.

FIGUER. Bien hay que estimar y ver
en ellas; y á poder ser
que tu estancia aquí yo goce...

ANTONIO. Si aquí el Duque me conoce
y me obliga á detener,
caer en falta recelo
con el rey.

FIGUER. Pues si eso pasa,
del Duque al disgusto apelo;
pues si sabe que en su casa
don Antonio de Barcelo,
conde de Penela, ha estado,
y qué encubierto ha pasado,
cuando le pudo servir
en ella, lo ha de sentir
con exceso, que á su Estado
jamás llegó caballero
que por cortesía y leyes
no hospedase.

ANTONIO. Así lo infiero;
que es nieto, en fin, de los reyes
de Portugal el de Avero.
Mas hablando en puridad:
¿tan notable es la beldad
que en sus dos hijas sublima
la fama?

FIGUER. Es curiosidad?...

ó el alma acaso os lastima
el ciego amor?

ANTONIO. Sus centellas
mal causáranme querellas
si de su vida no gozo.
Curiosidades de mozo,
primo, me traen á vellas.
¿Cómo tengo de querer
lo que aun no he llegado á ver?

FIGUER. Que eso me digais me pesa.
Nuestra nacion portuguesa
esta ventaja ha de hacer
á todas, pues porque asista
aquí amor (que es su interés,)
ha de amar en su conquista
de oidas el portugués,
y el castellano de vista.
Las hijas del Duque son
dignas de que su alabanza
celebre nuestra nacion:
Magdalena, á quien Berganza
y el rey mismo con razon
pienso que intenta enlazar
al conde de Vasconcelos,
te aseguro puede dar
otra vez á Clicie celos
si el sol la sale á mirar.
Por lo que hace á Serafina,
—hermana suya,—es divina
su hermosusa!

ANTONIO. Y de las dos,
á cuál juzgais, primo, vos
por más bella?

FIGUER. Más me inclina
mi aficion á la mayor.

ANTONIO. Magdalena?

FIGUER. Sí: y refuta
aquesto el vulgo hablador,
mas en gustos no hay disputa.

ANTONIO. Y á más en cosas de amor.

FIGUER. En dos bandos se divide
Avero, y por cualquier parte

hay bien que alegar.

ANTONIO. Ya aquí
tienen pretendientes?

FIGUER. Sí.
Mendo de Gama y don Duarte.

ANTONIO. Por cuál de ellas?

FIGUER. Hay curioso
que dice procuran ser
cada cual de la una esposo.

ANTONIO. Más eso me inclina á ver
hoy á entrambas, que es forzoso
irme luégo.

FIGUER. Yo os pondré
donde su hermosura os dé
(podrá ser) más de una pena.

ANTONIO. Serafina ó Magdalena?

FIGUER. Bellas son las dos; no sé.
(Se oye dentro música de marcha.)
Pero el Duque sale aquí
con ellas; ponte á esta parte.
(Le lleva á la puerta primera izpuierda del actor, y ambos quedan allí escuchando detrás de la cortina, que los oculta de la vista de los interlocutores, pero no de la del público.)

ESCENA XV.

DICHOS, EL DUQUE, el CONDE, MAGDALENA y SERAFINA: DAMAS, CABALLEROS y PAJES. Las dos infantas salen y ceremoniosamente se sientan cada cual de ellas en un canapé. Cuatro damas les acompañan, que quedarán de pie al respaldo.

DUQUE. Vuestra embajada, don Duarte, (En voz baja.)
quede terminada así.

CONDE. Pues el rey nuestro señor
favorece la privanza
del hijo del de Berganza,
y á vuestra hija mayor
os pide para su esposa.
escriba vuestra excelencia
que con su gusto y licencia

doña Serafina hermosa
daráme su mano.

DUQUE. Bien.

CONDE. Pienso que su majestad
me mira con voluntad
y que lo tendrá por bien.

DUQUE. Yo y todo lo escribiré.
Mas calladlo á Serafina
hasta ver si determina
el rey que la mano os dé:
que es tribial y descuidada
(aunque portuguesa;) vive
de que tan pronto cautive
su libertad la lazada
eterna del matrimonio.

CONDE. Andais en todo advertido.
(Siguen hablando aparte.)

FIGUER. Y bien. Qué os han parecido
las hermanas, don Antonio?

ANTONIO. No sé el alma á cuál se inclina
ni sé lo que hacer ordena!
Bella es doña Magdalena,
pero ah! doña Serafina
es el sol de Portugal!
Por la vista el alma bebe
llamas de amor entre nieve,
por el vaso de cristal
de su divina blancura.

FIGUER. Retirémonos, que importa
no nos vean. (Se retiran los dos al interior.)

DUQUE. Aunque corta,
esta tregua os la asegura.

CONDE. Podré agora hablarla?

DUQUE. Sí.

(El Conde se aproxima á Serafina y saluda con ceremonia y galantería. El Duque habla con Magdalena y le da un pliego abierto,)

CONDE. Pues me da el Duque lugar,
mi *Serafin*, quiero hablar
si hay atrevimiento en mí,
para que vuele tan alto,
que me iguale á *serafines*.

(Serafina contesta con una sonrisa y el Conde prosigue hablándole en voz baja.)

DUQUE. No mis declarados fines
causen en tí sobresalto.

MAGD. Ya he leido...
(Con disgusto, devolviendo al Duque el pliego que le ha dado.)

DUQUE. El rey le estima.
Cuán bien te está considera.

MAGD. Mi voluntad es de cera;
vuexcelencia en ella imprima
el sello que más le cuadre,
porque en mí sólo ha de haber
callar con obedecer.

DUQUE. Mil veces dichoso padre
que oye tal!
(Supone continuar hablando con Magdalena)

CONDE. Las dichas mias,
como han subido al extremo
de su bien, que caigan temo.

SERAF. Conde, esas filosofías
ni las entiendo, ni son
de mi gusto.

CONDE. Un *serafin*
bien puede alcanzar el fin
y el alma de una razon.
No digais que no entendeis,
serafin, lo que alcanzais.

SERAF. Jesús! qué dello me hablais! (Con hastío.)

CONDE. Si soy hombre, qué quereis?
Por palabras los intentos
quiere que expliquemos Dios:
que á ser *serafin* cual vos,
con sólo los pensamientos
nos habláramos.

SERAF. Qué, ¿amor
habla tanto?...

CONDE. No ha de hablar?

SERAF. Pues muy poco hay que fiar
de un niño, y más hablador.

CONDE. En todo os hizo perfecta
el cielo! Gran discrecion

mostrais!

SERAF. Vuestra adulacion,
conde, suple lo discreta.
(Se levanta, saluda al Conde y pasa á sentarse junto á Magdalena.)

MAGD. Qué suceso extraordinario
por mí os suspende y asalta?

DUQUE. Pueril cosa: que hoy me falta
al servicio un secretario.
Y aunque esta plaza pretenden
muchos por diversos modos
de favores, entre todos
pocos este oficio entienden.
Trabajo me ha de costar
con tu boda, estar sin él!

MAGD. Á ser el pasado fiel,
era ingenio singular!
(Murmullos en la antecámara.)

ESCENA XVI.

DICHOS, MIRENO, TARSO, atados; CAZADORES, ALCALDE, DÉNIO, PASTORES y FIGUEREDO, por el foro.

ALCALDE. (Desde la antecámara.)
Ande aprisa el bellacon!

TARSO. No rempujen!...

MIRENO. Ten paciencia!

DUQUE. Qué ruido?...

FIGUER. En silencio entrad,
que aquí está el Duque.

CAZ. 1.° (Al Alcalde, que se detiene miedoso.)
Ea! Habladle,
puesto que sois el Alcalde.

ALCALDE. (Hace un esfuerzo de atrevimienlo y se turba al acercarse al Duque.)
No que no!...

DUQUE. Quién sois? Hablad.

ALCALDE. Pues... cata tú que sopimos...
yo, el herrero y su mujer,
(Señalando al grupo de pastores.)
que mandábades prender
estos bellacos, y fuimos

Bras Llorente y Gil Bragado...
el rúcio de la Bernarda,
éste, que prestó su albarda... (Por Dénio)
y despues de haber tocado
del concejo los cencerros
y que estos nos dieron señas
(Señalando á los Cazadoros y á Mireno.)
de estotros, á escalar breñas
nos dimos, por esos cerros
empinados á subir...

DUQOE. Pero qué?...

ALCALDE. Ná... En conclusion:
que estos los ladrones son
que por sólo te servir
prendimos yo y Gil Mingollo.
Haga lo que el puebro pide
tu duquencia, y no se olvide
que al puebro le falta un rollo.

DUQUE. (Sonriendo, al Conde.)
Ni he entendido á lo que vienen
ni por qué delito tienen
así estos hombres: soltad
los presos: (Los desatan.)
(Á Mireno.) y decid vos,
qué culpa habeis cometido
para que os hayan traido
de aquesa suerte á los dos.

MIRENO. Si lo es el favorecer,
gran señor, á un desdichado,
perseguido y acosado
de tus gentes y poder,
y juzgas que es temerario
haber trocado el vestido
por libralle, yo lo he sido.

DUQUE. Tú libraste al secretario?

MIRENO. No sé á quién.

DUQUE. Sí: que ese traje
era el suyo: dí, traidor!
Por qué le diste favor?

MIRENO. Vuexcelencia no me ultraje
ni ese título me dé,
que no estoy acostumbrado

á verme así despreciado.

DUQUE. Quién eres?

MIRENO. (Con íntimo convencimiendo é irguiendo su figura.)

No soy: seré!
Que sólo por pretender
ser más de lo que hay en mí,
menosprecié lo que fuí
por lo que luégo he de ser.

MAGD. (Al Duque, contemplando con marcado interés á Mireno.)
Noble orgullo!

DUQUE. (Ap. á Serafina, contemplando á Mireno con vivo interés.)

DUQUE. (Extraña audacia
de hombre!)

MAGD. (El poco temor
que muestra dice el valor
que encubre!)

SERAF. (De su desgracia
me pesa.)

DUQUE. Dí, ¿conocías
al traidor que ayuda diste?

MIRENO. No!

DUQUE. Pues por él te pusiste
en tal riesgo, bien sabrías
quién fuese?...

MIRENO. Supe que quiso
dar muerte á quien deshonró
su hermana, y que éste por no
quererla satisfacer
cobarde te dió su aviso.
Yo al que mandaste prender
quise librar, admirado
de ver que el que está agraviado
persigas, debiendo ser
favorecido de tí,
por ayudar al que ha puesto
mancha en su honor.

CONDE. (Qué es aquesto?
Que está declarada así
la injuria que hice á Leoncla?)

MIRENO. Supiéralo, señor, yo,
que á sabello... (Con amenaza.)
DUQUE. Fué cautela
del traidor para engañarte;
y pues sabes dónde está,
fuerza es lo declarar ya
si es que pretendes librarte
de prision.
MIRENO. (Indignado.) Bueno sería,
cuando á donde está supiera,
que un hombre como *Yo* hiciera
por *temor* tal villanía!
DUQUE. Villanía es descubrir
un traidor? Llevadle preso. (Enojado.)
MAGD. y SERAF. Padre!
(Figueredo y los Cazadores atan á los dos)
DUQUE. (Al Conde.) Si no perdió el seso
y menosprecia el vivir,
él dirá dónde se esconde.
MAGD. (Á Serafina.) Yo deseo de libralle.
SERAF. Bien lo merece su talle!
DUQUE. Intento vengaros, Conde.
TARSO. Buena la mudanza ha estado
y tu cambio en don Dionís!
DUQUE. Vivireis si lo decis...
MIRENO. No diré. Ya ha comenzado
mi fortuna. Ánimo ten.
TARSO. Tú estás loco?
MIRENO. Es natural,
cuando comienza por mal,
venir á acabar en bien.
TARSO. De la fortuna me quejo,
pues nos lleva á una prision.
(Á una seña del Duque, Figueredo y Cazadores se llevan á Mireno y Tarso.)
DUQUE. Meted una peticion
vosotros en mi Consejo
de lo que quereis, que allí
se os pagará este servicio.
ALCALDE. Meted en él vuestro juicio
y providenciad ansí:
Por el servicio prestado

hágase un rollo al lugar
de modo á poderse ahorcar
en él cualquier hombre honrado. (Vánse.)

DUQUE. Qué aguardais? Llevadle ya!
(Figueredo y los Cazadoras se llevan á Mireno y Tarso.)
Vos, Conde, venid, pues quiero
responder al rey; de Avero
hoy un correo saldrá.
(Vánse y los siguen su córte.)

MAGD. Mucho, doña Serafina,
pésame que lleven preso
á aquel hombre.

SERAF. Yo confieso
que á rogar por él me inclina
su buen talle.

MAGD. Eso desea
tu aficion? Ya es bueno el talle?

SERAF. Mucho, sí.

MAGD. No has de libralle,
que he de oponerme.

SERAF. No sea. (Vánse.)

ESCENA XVII.

FIGUEREDO y D. ANTONIO.

FIGUER. Os habeis de ir esta tarde?

ANTONIO. Ay, primo! Cómo podré
irme si de amor cegué?
Mi ausencia temo cobarde.

FIGUER. Tal decis?...

ANTONIO. Tanto me gana
del alma la voluntad...
Oh! Por gozar su beldad
no he de irme hasta mañana.

FIGUER. Ya os lo advertí...

ANTONIO. Ah! es peregrina.

FIGUER. Gran milagro amor ha hecho.

ANTONIO. Eterna será en mi pecho
la imágen de Serafina!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon con antecámara en el fondo y puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

Aparece el DUQUE sentado á la mesa y leyendo un pliego.

DUQUE. Gran confusion me previene
el papel que atento miro,
que ¡por Dios! dudo y me admiro
del aviso que contiene.
Á no otorgalle me inclina
(como es ya pública voz)
al buen Conde de Extremoz
la mano de Serafina;
pues diz que no la merece
quien como él, tiene villano
á otra obligada su mano.
¿Cumplirá lo que me ofrece
probar, el que aquí revela
aqueste hecho sin nombrarse
de más modo, que llamarse
«Un hermano de Leonela?»
Dice á más; que si el perdon
le otorgo de ofensa grave,
vendrá á decir cuanto sabe,
en pública confesion.

Inquirir del Conde quiero
con astucia y sutileza,
si es que olvidó su nobleza
leyes del buen caballero. (Sale Magdalena.)

MAGD. Padre y señor...

DUQUE. Ah! tú aqui.
Qué quieres?

MAGD. Hablarte quiero.

DUQUE. Dí pues.

MAGD. Una gracia espero,
padre, hoy, alcanzar de tí,
y agradece la ocasion,
pues es bueno que te diga
que á pedírtela me obliga
de un triste la situacion.

DUQUE. Habla, y sepa, Magdalena,
en qué puedo complacerte.

MAGD. De un preso la amarga suerte
cáusame terrible pena.

DUQUE. De quién hablas?

MAGD. De aquel hombre
que facilitó la huida
de Rui-Lorenzo y la vida.

DUQUE. Ignoro su patria y nombre,
mas no así su desafuero
conmigo.

MAGD. De él pretendías
bajase hasta villanías
impropias de un caballero.

DUQUE. Bah! ¿Eslo acaso?

MAGD. Haz que él se vaya
á dó su antojo desea,
y el Conde agraviado, sea
quien su altivez ponga á raya.

DUQUE. Diga dó está el delincuente
y en libertad le pondré.

MAGD. Eso no lo hará, porque
fuera obrar villanamente.
¿Por qué le ha de castigar
tu rigor? ¿No consideras
que él hace lo que tú hicieras
hallándote en su lugar?

DUQUE. Yo...
MAGD. Advierte es mala ocasion
la que en mi boda conciertas,
de abrir al rencor las puertas
en vez de á la compasion.
Más fama no te dará
ser compasivo?... Responde.
DUQUE. Este asunto toca al Conde...
MAGD. El Conde perdonará.
Bastará yo se lo ruegue
para que acceda cortés;
que á un justo y noble interés
no es posible que se niegue.
Y por tu parte, señor,
que le dejes libre espero,
y al padre y al caballero
les deberé igual favor.
De su pesada cadena
libre al preso ansío ver,
ó el llanto verás correr
de mis ojos...
DUQUE. Magdalena!...
Consentir habré en tu gusto;
No quiero de mí se diga
que tu ejemplo no me obliga
á ser dócil en lo justo.
MAGD. Tu generosa bondad (Le besa las manos.)
vuelve á mi pecho la calma.
DUQUE. Y al mio...
MAGD. Grato es al alma,
padre, ejercer la piedad! (Váse el Duque.)

ESCENA II.

MAGDALENA.

¿Qué agitaciones son estas,
altanero pensamiento?
¿Qué torres sin fundamento
teneis en el aire puestas?
¿Cómo andais tan descompuestas
imaginaciones locas?

Siendo las causas tan pocas,
quereis exponer mis menguas
hoy al juicio de las lenguas
y al murmurar de las bocas?
Ayer guardaban los cielos
el mar de vuestra esperanza
con la tranquila bonanza
que agora inquietan desvelos.
Al conde de Vasconcelos
ó á mi padre dí en su nombre
el *sí*... Mas porque me asombre,
sin que mi honor lo resista,
se entró al alma á escala vista
por lo misma vista un hombre.
Oh! Cubriérame este exceso
las mejillas de rubor,
á no saber que el amor
es niño, ciego y sin seso!
Á un hombre extranjero y preso,
á mi pesar corazon,
habeis de dar posesion?
Amar al Conde no es justo?
Pero ¡ah! que atropella el gusto
las leyes de la razon!
(Reflexiona y se tranquiliza.)
Mas pues á mi ruego está
libre ese hombre, he de creer
que al capricho de mujer
dique la dama pondrá:
forastero es; si se va,
con pequeña resistencia
podrá sanar la paciencia
el mal de mis desconciertos,
pues son médicos expertos
de amor el tiempo y la ausencia.
Mas ¡ay! con qué rigor trazo
el remedio de mi vida!
Si puede sanar la herida
¿no es crueldad cortar el brazo?
(Pausa, despues de la cual se resuelve placentera.)
Démosle á amor algun plazo,
pues su vista me provoca,

que aunque es la enfermedad loca,
ninguno al enfermo quita
el agua, que no permita;
siquiera enjuagar la boca. (Sentándose.)
Sí: aquí le quiero aguardar,
que él vendrá á verme... Ah! teneos,
desenfrenados deseos,
si no os quereis despeñar.
(Se levanta enérgica.)
Así vais á publicar
mi ludibrio? La vergüenza
mi loco apetito venza;
que si es locura admitirlo
dentro del alma, el decirlo
por mi labio es desvergüenza!
Vóime...
(Se dirige hácia la puerta izquierda, y al llegar al dintel se detiene oyendo á Figueredo.)

ESCENA III.

MAGDALENA, FIGUEREDO.

FIGUER. Señora?
MAGD. Qué es esto?
FIGUER. El que preso estuvo agora,
y tu intercesion, señora,
en libertad ya le ha puesto,
pretende hablarte.
MAGD. (Oh! Cuán presto
valerse el amor procura
de la ocasion y ventura
que ha de lograrle su *efeto!*
Mas hace como discreto,
que amor todo es coyuntura.)
Sabes tú lo que pretende?
FIGUER. Mostrarse á tí agradecido
por el favor recibido.
MAGD. (Oh! Áspides en rosas vende!)
FIGUER. Ha de entrar?...
MAGD. (Si preso, prende,
si maltratado, maltrata...

si atadas las manos ata
las de mi gusto resuelto...
¿qué ha de hacer presente y suelto
quien ausente y preso mata?)
Dile que vuelva más tarde...
que agora ocupada estoy.

FIGUER. Aqueso á decirle voy.

MAGD. No; espera. Dile que... aguarde...
(Mal me resisto, cobarde!)

FIGUER. Háse de volver?... (Pausa.)

MAGD. No digo
que sí? Vé.

FIGUER. Tu gusto sigo.
(Hace reverencia y se dirige hácia el foro.)

MAGD. Ah! Oye... (Ap.))Quizá me moteje
de cruel...)

FIGUER. Diré?...

MAGD. (Con acritud.) Que me deje...
(Ap.) (Y ¡ay! que me lleve consigo!

FIGUER. Entrará en fin?...

MAGD. Sí, entre pues.
(Resueltamente. Se va Figueredo.)

ESCENA IV.

MAGDALENA.

Que yo atenta á mi interés,
cuando él esté en mi presencia,
sabrá hacerle resistencia
en mí el honor portugués.
El desear y ver es
en la honrada y la no tal,
apetito natural;
y si diferencia se halla,
es en que la honrada calla
y la otra dice su mal.
Callaré, pues que presumo
cubrir mi desasosiego!...
¿Mas podrá encubrirse el fuego
sin manifestalle el humo?
Bien podrá si yo consumo

el tiempo en palabras vanas.
(Va á sentarse y se detiene en ello.)
Pero ¡ah! las llamas tiranas
del amor es cosa cierta
que en cerrándoles la puerta,
se salen por las ventanas!
Si yo les cierro la boca,
¿por los ojos no saldrán?
No; no las conocerán
si callo mi lengua loca; (Tranquilizándose.)
que si ella á amor no provoca,
quien aguarda sus despojos
duda si es que le da enojos
ó muestras de amor pequeñas,
que, en fin, dan confusas señas
cuando hablan solos los ojos.

ESCENA V.

MAGDALENA, MIRENO.

MIRENO. Aunque es mucho atrevimiento
el venir á la presencia,
señora, de vuecelencia,
mi poco merecimiento,
ser agradecido trato
al recibido favor,
porque el pecado mayor
es el que hace á un hombre ingrato.
Por haber favorecido
de un desdichado la vida,
—que en noble es deuda debida—
me ví preso y perseguido;
pero en la misma moneda
me pagó el cielo sin duda,
pues libre con vuestra ayuda,
mi vida, señora, queda.
Libre dije? Mal he hablado;
que el noble cuando recibe
un favor, cautivo vive
mientras no le ve pagado.
Y... ojalá mi vida fuera

eterna; esclavo quedára
de vos, y parte pagára
de esta merced: que yo hiciera
por servir vuestro interés...
pero ¡ah! mi humildá envilece
la ofrenda... y sólo os ofrece
corta una vida á esos piés. (Se arrodilla.)
Á pagar con ella vengo
la mucha deuda en que estoy,
y bien os pago, si os doy,
gran señora, cuanto tengo!

MAGD. Levantaos del suelo.

MIRENO. Así
estoy, gran señora, bien.

MAGD. Haced lo que os digo. (Ah! quién
me libertará de mí?) (Se levanta Mireno.)
Sois portugués?

MIRENO. Imagino
que sí.

MAGD. Que lo imaginais?
Desa suerte incierto estais
de quien sois?

MIRENO. Mi padre vino
al lugar en donde habita,
y es de alguna hacienda dueño,
trayéndome muy pequeño:
mas su acento le acredita
de nacido en Portugal
como á mí.

MAGD. Sois noble?

MIRENO. Creo
que sí, segun lo que veo
en mi honrado natural,
que muestra más que hay en mí.

MAGD. Y darán las obras vuestras
si fuere menester, muestras
de noble?

MIRENO. Creo que sí.
Nunca de hacellas dejé.

MAGD. *Creo* respondeis al punto.
(Con sonrisa de burla.)
Creeis acaso que os pregunto

artículos de la fe?

MIRENO. Por la que debe guardar
á la merced recibida
de vuecelencia, mi vida,
bien los puede preguntar,
que mi fe su gusto es.

MAGD. Qué agradocido venís! (Pausa.)
Cómo os llamais?

MIRENO. Don Dionis.

MAGD. Ya os tengo por portugués
y por hombre principal;
que en este reino no hay hombre
humilde de vuestro nombre,
porque es apellido real;
y sólo el imaginaros
por noble y honrado ha sido
causa que haya intercedido
con mi padre á libertaros.

MIRENO. Deudor os soy de la vida.

MAGD. Pues bien, ya que libre estais,
qué es lo que determinais
hacer de vuestra partida?
Dónde pensais ir?

MIRENO. Intento
ir, señora, donde pueda
alcanzar fama que exceda
á mi altivo pensamiento;
sólo aquesto me destierra
de mi patria.

MAGD. En qué lugar
pensais que podreis hallar
esa ventura?

MIRENO. En la guerra;
que el esfuerzo hace capaz
de alzarme al bien que procuro.

MAGD. Y no será más seguro (Insidiosa.)
que le adquirais en la paz?

MIRENO. De qué modo? (Con ingenuidad.)

MAGD. Bien podeis
granjealle, si dais traza,
que mi padre os dé la plaza
de secretario, pues veis

que está vaca agora, á falta
de quien la pueda suplir.

MIRENO. No nació para servir
mi inclinacion, que es más alta.
(Rehusando con dignidad.)

MAGD. Pues cuando volar presuma
plumas no le han de ayudar?

MIRENO. Cómo he de poder volar
con solamente una pluma?

MAGD. Con las alas del favor;
que el vuelo de una *Privanza*
mil imposibles alcanza.

MIRENO. Del *Privar* nace el temor
como muestra la experiencia,
y en temor vivir no es justo.

MAGD. Don Dionis, y... si es mi gusto?
(Con marcada intencion de cariño.)

MIRENO. Gusto es de vuestra Excelencia
que sirva al Duque? Pues alto?
Cúmplase, señora, así,
que ya de un vuelo subí
al primer móvil más alto;
pues si en esto gusto os doy
ya no hay subir más arriba;
como el Duque me reciba
secretario suyo soy.

MAGD. Pláceme.

MIRENO. Vos lo ordenad.

MAGD. Deseo vuestro provecho
y ansí lo que veis he hecho;
que ya que os dí libertad
pesárame que en la guerra
la malográrais. Yo haré
como esta plaza se os dé
porque esteis en nuestra tierra.

MIRENO. Mil años el cielo os guarde!...
(Se arrodilla alargando la mano como pidiendo besar la de Magdalena. Esta titubea en dársela; se la tiende por fin, pero la retira ántes que la tome Mireno y se va rápidamente.)

MAGD. Yo os lo estimo... (Ap.) (Honor... á huir
ántes que empiece á salir

por la boca amor cobarde!) (Váse.)

ESCENA VI.

MIRENO.

Pensamiento... ¿en qué entendeis?...
(Se levanta confuso.)
Vos que á las nubes subís,
decidme, qué colegís
de lo que aquí visto habeis?
Declaraos. Bien podeis.
Decidme: tanto favor
nace de solo el valor
que á quien os honra ennoblece?. .
ó erraré si me parece
que ha entrado á la parte amor?
Ah! qué digo? Gran dislate!
Temerario atrevimiento
es el vuestro, pensamiento;
ni se imagine ni trate.
Vanidad, tu vuelo abate,
que es tu vuelo imaginario! (Pausa.)
Mas por qué soy temerario
si á imaginar me concreto
que ella me ama, en lo secreto
que me hace su secretario?
¿No estoy puesto en libertad
por ella?... Sí. ¿Sin enojos
por el balcon de sus ojos
no he visto su voluntad!
Oh! Amor me tiene!... Callad,
lengua loca, que es error
imaginar que el favor
que de su nobleza nace
y generosa me hace
está fundado en amor.
Mas su deseo en saber
mi nombre, patria y nobleza
no es ya de amor sutileza?
Mucho... sí!... ¿No puede ser
curiosidad de mujer?...
Sí; pero el alma me advierte

que pudo ser de otra suerte...
forzándola, amor injusto;
mas decirme: «¿Y si es mi gusto?»
Este argumento no es fuerte?
Mucho; más ¡ah! mi bajeza
no se puede persuadir
que vuele y llegue á subir
al cielo de tal belleza!
Pero ¿cuándo hubo flaqueza
en mi pecho? Esperar quiero,
que siempre el tiempo ligero
acaba por enseñar
que es imposible ocultar
amor, nobleza y dinero.
(Asoma Tarso por el foro.)

ESCENA VII.

DICHO, TARSO.

TARSO. Oh! Allí está: con cortesía
de la cárcel me ha sacado
el sayon; y he preguntado
á quién tal favor debía,
mas calló...
MIRENO. Á la hija del Duque.
TARSO. Dios le pague la intencion.
Mas libres de la prision
vámonos, no nos bazuque
nuevo estrago...
MIRENO. Irme de Avero?
No, Tarso.
TARSO. No? Bueno estás!
Qué aguardas?
MIRENO. No sé.
TARSO. Dirás
que quieres ser caballero?
Pues poco faltó, ¡pardiobre!...
para ser en Portugal
caballeros á lo asnal
recibiendo algo... y no cobre.
MIRENO. Peregrino natural!

¿que nunca has de hablar de veras?
Oye aparte... (Le habla al oido.)

TARSO. Temerario!
(Despues de oir lo que supone haberle dicho Mireno, suelta una carcajada.)
Estás loco?

MIRENO. Sí lo estoy,
de alegría, pues ya soy
del gran Duque secretario.

TARSO. (Ap.) (Jesús! Que ha perdido el seso!
seguirle quiero en su humor.)
¿Quién te encumbró á tal favor?

MIRENO. La hija del Duque...

TARSO. Confieso
que me alegra estés en zancos.
¿Conque ella?... (Burlándose.)

MIRENO. (Con énfasis.) Aún no digo todo
lo que espero en mi acomodo.

TARSO. Si encuentras los amos francos
y algun favor me has de hacer,
y mi descanso permites,
lo primero que me quites
estas bragas ha de ser.

MIRENO. Hoy dejarás ya esa prenda,
y áun yo, pues mudé de estado,
un vestido preparado
pienso mercar en la tienda
que á mi cargo bien se ajuste.

TARSO. Qué, tienes dineros?

MIRENO. Sí,
lo que basta. (Se marcha.)

TARSO. Para mí
mércame un sayo de fuste.
¡Oh! Epidemia es su manía;
¡vive añós! pues por el cuento
que diz que «un loco hace ciento,»
creo en su *secretaría*. (Váse foro.)

ESCENA VIII.

ANTONIO, FIGUEREDO.

ANTONIO. Primo, á quedarme aquí mi amor me obliga,
enoje al rey ó no; que mi rey llamo
sólo mi gusto, que el pesar mitiga
que me ha de consumir si ausente hoy amo.
FIGUER. De la incauta avecilla eres remedo
que á vueltas de su gusto da en la liga.
ANTONIO. Curiosamente me asenté en el ramo
de la hermosura, donde preso quedo.
Volar ansío, pero más me enredo
y he de morir.
FIGUER. El de Extremoz merece
ya á Serafina amor...
ANTONIO. Hélo entendido,
y que el Duque su intento favorece.
FIGUER. Hacerla esposa suya ha prometido...
(Pausa y reflexion.)
ANTONIO. Quien no *parece* dicen que *perece*;
si no parezco, pues, y ya ni olvido
ni ausencia han de poder darme reposo,
¿qué he de esperar ausente y receloso?
Si mi adorado serafin supiera
quién soy en fin, y amante me otorgára
un plazo á merecer, conque yo hiciera
mi dicha cierta y mi esperanza clara,
quizá alegre y seguro me partiera
y de su fe mi vida confiára.
Pero ¿cómo podré si ora me ausento
sin hablarla, curar de mi tormento?
FIGUER. Mal remedio. No fia el que es prudente
de sol de enero y de mujer ausente.
ANTONIO. Llegue á su oido mi pasion que ignora.
Tú con el Duque privas, pues yo infiero
que es el mayor privado el camarero,
y hacer podrás que yo hable á la señora
que lo es de mi albedrío, sin demora...
No me aconsejes el salir de Avero.
FIGUER. Don Antonio, bien sabes lo que estimo

tu gusto y voluntad: si muestro empeño
en que hoy te vayas y tu amor reprimo,
es por ser este pueblo tan pequeño,
que has de dar nota en él...

ANTONIO. Ya yo procuro
cómo, sin que la dé, viva seguro. [escrito
Nunca me ha visto el Duque, aunque me ha
yo sé que busca un secretario esperto...

FIGUER. Sí; que al pasado desterró un delito;
mas tu intencion que es arriesgada advierto.

ANTONIO. No te parece si en palacio habito
con este cargo, que podré encubierto
entablar mi esperanza como acuda
el tiempo, la ocasion y á más tu ayuda?

FIGUER. El medio es atrevido...

ANTONIO. Pero urgente;
para llevarlo á cabo préviamente
ya en este memorial al Duque pido
me dé la plaza.

FIGUER. Diligente has sido!

ANTONIO. Tú se lo has de entregar, y con la urgencia
que exige mi cuidado...

FIGUER. (Mirando adentro.) Á dar Audiencia
va á pasar por aquí; si tu...

ANTONIO. En su mano,
por si la dicha que apetezco gano,
agora se le entregas; yo allí espero
á escuchar cómo obligas al de Avero.

(Se retira á la antecámara. Sale el Duque precedido de acompañamiento.)

ESCENA IX.

DGQUE, FIGUEREDO, ANTONIO oculto.

FIGUER. Señor, si tu bondad me lo permite,
me atreveré á deciros que está vaca
del que fué secretario la incumbencia,
y que uno que es mi deudo hoy la pretende
servir con lealtad si se la otorgas.

DUQUE. Ya sabes que requiere aquese oficio

persona en quien concurran juntamente
calidad, discrecion, dictado y pluma?

FIGUER. Noble nació, señor; desotras partes
le puedo asegurar á Vuecelencia
que no hay en Portugal quien conforme á ellas
mejor pueda ocupar aquesa plaza.
La letra, el memorial que á Vuecelencia
le entrego aquí, podrá satisfacelle...
(Le entrega el papel y el Duque le lee.)

DUQUE. Buena es!... Pues tú le abonas, quiero velle.

FIGUER. Agora puede ser... Pasá adelante
que el Duque mi señor pretende veros.
(Llega á la antecámara y hace que se adelante don Antonio.)

ANTONIO. Déme los piés Vuestra excelencia...

DUQUE. Alzaos.
De dónde sois?

ANTONIO. Señor, nací en Lisboa.

DUQUE. Á quién habeis servido?

ANTONIO. Héme criado
con don Antonio de Barcelos, conde
de Panela, y os traigo cartas suyas
(Dándole algunas que el Duque lee ligeramente.)
en que mis pretensiones favorece.

DUQUE. Quiero yo mucho al conde don Antonio,
aunque nunca le he visto. ¿Por qué causa
no me las habeis dado?

ANTONIO. No acostumbro
pretender por favores lo que puedo
por mi persona, y quise que me viese
primero Vuecelencia.
(Saluda y se retira un poco.)

DUQUE. Figueredo?
Su talle y buen estilo me ha agradado!
Mi secretario sois; cumplan las obras
(Á Antonio, que hace reverencia.)
lo mucho que promete su presencia.

ANTONIO. Remítome, señor, á la experiencia.

DUQUE. Prevenid, Figueredo, á mis dos hijas
que verlas quiero.

FIGUER. En el jardin agora
se espaciaban las dos, aunque yo entiendo

que mi señora doña Magdalena
pasea disciplente.

DUQUE. Sí, há tres dias
que le noto, si no melancolía,
por lo ménos extraña indiferencia
en el estrado...

FIGUER. Yo como Vuecencia
tambien fiel servidor hélo advertido:
muy grande es la mudanza que ha sufrido
su carácter alegre y placentero.

DUQUE. Como ahora darla nuevo estado quiero,
el mudar de vivir trae acordada
tristeza en la mujer noble y honrada,
y no te maraville esté afligida
quien teme un cautiverio de por vida.

FIGUER. Ya ella aquí viene.

DUQUE. Depejad, que intento
inquirir qué la causa sentimiento.
(Se marcha el acompañamiento.)

ANTONIO. Venturosos han sido los principios.
(Ap. á Figueredo y retirándose hácia la antecámara.)

FIGUER. Si tienes por ventura ser criado
de quien eres igual, sí ciertamente.

ANTONIO. Ya por lo ménos estaré presente
y calmaré los celos de algun modo
que el conde de Extremoz me causa en todo.

ESCENA X.

DUQUE, MAGDALENA.

Magdalena sale distraida, se sienta y deshoja una flor: el Duque apartado la contempla un instante en silencio y luégo se acerca á hablarla cariñoso.

DUQUE. Si darme contento es justo,
no estés, hija, desa suerte,
que no consiste mi muerte
más que en verte á tí sin gusto.
Esposo te dan los cielos
para poderte alegrar
sin merecer tu pesar

que lo sea Vasconcelos.
Á su padre el de Berganza
pues que te escribió responde...

MAGD. (Ay de mí!) (Ap.)

DUQUE. Tambien al Conde,
y no vea yo mudanza
en tu rostro ni pesar,
si de mi vejez los dias
con esas melancolías
no pretendes acortar.

MAGD. Yo, señor, procuraré
no tenerlas por no darte
pena; si es un triste parte
en sí de que no lo esté.

DUQUE. Si te divirtes, bien puedes.

MAGD. Yo procuraré servirte.

DUQUE. Bien! y adios...

MAGD. No; he de pedirte
entre las muchas mercedes
que me has hecho, una pequeña.

DUQUE. Con condicion que se olvide
aquesa tristeza, pide...

MAGD. (Honra, el amor os despeña!)
(Despues de haber estado un momento pensativa.)
El preso que te pedí
librases, y ya lo ha sido,
de todo punto ha querido
favorecerse de mí.
Con sólo esto, gran señor,
parece que me ha obligado;
y así, á mi cargo he tomado
su aumento con tu favor...

DUQUE. Oh! Es hombre de buena traza...

MAGD. Diestro le creo en la pluma...
y si tú...

DUQUE. Qué quiere en suma?

MAGD. Quisiera entrar en la plaza
de secretario.

DUQUE. (Con sentimiento.) Bien poco
há que dársela pudiera;
mas no há un momento siquiera
que está ocupada.

MAGD. (Con ira y sentimiento.) (Amor loco,
muy bien despachado estais!
Bien se os está por cabarde.
Para qué, si llegais tarde,
son las alas que llevais?
Si será él quien lo ha logrado?)
Y ese que habeis recibido?...

DUQUE. Desde Lisboa ha venido
con ese intento á mi Estado.

MAGD. (Ah! No es él!)

DUQUE. Segun le ví
muestra ingenio y suficencia.

MAGD. Del que yo hablo á Uexcelencia
—ya que mi palabra dí,—
y él está con la esperanza
que le he de favorecer;
pues me mandas responder
al Conde y al de Berganza,
como hoy escribo tan mal,
quisiera que se quedára
en palacio y me enseñára...

DUQUE. Pues tú?...

MAGD. En mujer principal
falta es grande no saber
escribir cuando recibe
alguna carta, ó si escribe
que no se pueda leer.
Dándome algunas licciones
más clara mi letra haré.

DUQUE. No hay duda: liccion te dé
con que enmiendes tus borrones;
que á más con ese ejercicio
la pena divertirás,
que hoy la tienes, porque estás
ociosa y el ocio es vicio. (Sonriendo cariñoso.)

MAGD. Las manos, quiero besarte.
Gracias...

DUQUE. Quédese desde hoy
por tu secretario; y voy
agora á ver á don Duarte
que un pliego espera de parte
del rey.

MAGD. Ay, señor, te ruego,
pues, para aquel que la aguarda
siempre la fortuna es tarda,
que mandes avisar luego
al preceptor que me entrego.
DUQUE. Mandarélo, está segura. (Váse.)

ESCENA XI.

MAGDALENA.

Con razon se llama amor
enfermedad y locura,
pues siempre el que ama procura
como enfermo lo peor.
Ya teneis en casa, *honor*,
quien la batalla os ofrece,
y poco hará me parece
cuando del alma os despoje,
que quien el peligro escoge
no es mucho que en él tropiece.
Los encendidos carbones
tragó Pórcia y murió luégo...
¿Qué haré yo, tragando el fuego
por callar de mis pasiones?
Diréle, no por razones,
sino por señas visibles,
los tormentos increibles
que padezco por no hablar,
porque ¡oh! mujer y callar
son cosas incompatibles.

ESCENA XII.

MAGDALENA, MIRENO.

MIRENO. Rendido á esos piés me postro...
MAGD. Alzaos.
MIRENO. Me llamábais?
MAGD. Sí.
(Qué es lo que siento, ay de mí!...
que tengo abrasado el rostro!)

Mi maestro habeis de ser
desde hoy.

MIRENO. (Gozoso.) Qué ha visto en mí
vuestra excelencia, que así
me procura engrandecer?
Dará licion al maestro
el díscípulo desde hoy.

MAGD. (Ap.) (Paso! Que señales doy
del ciego amor que le muestro!)

MIRENO. (Que hay que dudar ya, esperanza!...)
Esto no es tenerme amor?
Dígalo tanto favor...

MAGD. (Ap.) (Amenguémosle privanza.)

MIRENO. (Vergüenza, por qué impedís
la ocasion que el cielo os da?)
Voy á declararme ya...
Sabed...

(Se decide á hablar y se acerca á ella; Magdalena le ataja con frialdad y le habla ruborosa.)

MAGD. Tengo, don Dionis,
tanto amor...

MIRENO. (Ya se declara.)
¿Y amais?...

MAGD. Sí... En puros anhelos...

MIRENO. (Ap.) (Ah!)
(Con explosion de alegría y acercándose más.)

MAGD. Al conde de Vasconcelos...

MIRENO. (Ap.) (Oh!)
(Mireno queda como herido del rayo.)

MAGD. Ántes que él venga, gustara,
no sólo hacer buena letra,
sino saberle escribir,
y con palabras decir
lo que al corazon penetra.
Que el poco uso que en amar
tengo, pide que me adiestre
vuestra experiencia, y me muestre
cómo podré declarar
lo que tanto al alma importa
y el amor mismo me encarga:
que soy en sentirle, *larga*,
y en significarlo, *corta*.

En todo os tengo por diestro:
y así me habeis de enseñar
á escribir y á declarar
al Conde mi amor, maëstro.

MIRENO. (Pésia mi altivez!)

MAGD. ¡Un poco
aguardad, que yo el dictado
pondré, para que enmendado
quede por vos.

(Escribe, y con intervalos mira á hurtadillas á Mireno.)

MIRENO. (Yo estoy loco!)

MAGD. (Á tiempo enmendé mi error.)

MIRENO. (Pensamiento lisonjero,
mira y ve: ya eres tercero
del Conde! ¿Veis, loco amor,
cuán sin fundamento y fruto
torres habeis levantado
de quimeras, que ya han dado
en el suelo? Como el bruto
en esta ocasion he sido,
en que la estátua iba puesta
haciéndole el pueblo fiesta,
que loco y desvanecido
creyó que la reverencia,
no á la imágen que traía
sino á él sólo se le hacía;
y con brutal impaciencia
arrojalla de sí quiso,
hasta que se apaciguó
con el castigo y cayó
confuso en su necio aviso.
Así al favor corresponde
con que me ha desvanecido?
Basta; que yo el bruto he sido
y la estátua es solo el Conde.
Bien puedo desengañarme,
que no es la fiesta por mí.)

MAGD. (Fuerza es deslumbrarle así, (Se levanta.)
que fué mucho declararme.)
Hoy mismo, maëstro, hareis
en este la correccion

para el Conde...

MIRENO. (Ap.) Ah!

MAGD. Qué teneis?

MIRENO. Yo? Nada. (Ap.) (Oh! humillacion
la mia!) (Magdalena le observa.)

MAG. (Ap.) (Pobre! Un favor
me manda amor que le dé.)
(Comienza á irse y finge tropezar en la alfombra cayendo de rodillas: Mireno permanece inmóvil y respetuosamente apartado.)
Ah! Válame Dios! Tropecé!...
(Que siempre tropieza Amor...)
—El chapin se me torció...
¿No acudis!
(Alarga la mano á Mireno: éste se acerca gozoso.)

MIRENO. (Ventura igual?...)
Hízose acaso algun mal,
vuecencia? (Animado.)

MAGD. Creo que no.

MIRENO. Que yo la mano os tomé?... (Disculpándose.)

MAGD. Sabed, que al que es cortesano
le dan, al darle la mano,
para muchas cosas pie! (Váse.)
(Mireno queda confuso y reflexivo.)

ESCENA XIII.

MIRENO.

Le dan, al darle la mano,
para muchas cosas pie...
De aquí, qué colegiré?
Decid, pensamiento vano,
en aquesto pierdo ú gano?
Qué confusion!... qué recelos
son aquestos? Decid, cielos,
esto no es amor?... Mas no,
que llevo la estátua yo
del conde de Vasconcelos!
Pues, qué enigma es darme pie
la que su mano me ha dado?
Si solo el Conde es amado,

¿que es lo que espero? Qué sé?...
Pie ó mano, decid ¿por qué
dais materia á mis desvelos?
Confusion, amor, recelos...
Sois amado! Ah! sí! (Con seguridad y satisfaccion.)
(Con abatimiento.) Mas, no!
que llevo la estátua yo
del conde de Vasconcelos!
El pie que me dió será
pie para darle licion,
en que escriba la pasion
que al Conde su amor le da!
Ah! orgullo, humíllate ya:
bajad ya, atrevidos vuelos
vuestra ambicion, si á los cielos
mi desatino os subió,
que llevo la estátua yo
del conde de Vasconcelos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala reducida con una puerta en el centro y otra en cada lado.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen SERAFINA y D. ANTONIO.

ANTONIO. Los cielos me son testigos
si el disgusto que te he dado
el alma no me ha costado.
SERAF. Dejadme. (Se sienta junto á la mesa.)
ANTONIO. Seamos amigos. (Suplicando.)
SERAF. Ya nunca!
ANTONIO. Fieros enojos!
SERAF. Ya en oiros malgasté
harto tiempo...
ANTONIO. Apelaré
á las niñas de esos ojos.
Quitad el ceño, haya paz,
que amor, niñas soberanas,
os dirá que sois villanas
si usais conmigo disfraz.
SERAF. Con él llegásteis á mí.
ANTONIO. Fué que quise desde el suelo
volar como Ícaro al cielo
y humilde llegar á tí.
SERAF. Dejadme, ó dareis lugar...

(Se levanta é intenta marcharse.)

ANTONIO. Si no hay que te satisfaga,
mátame, toma esta daga... (Cómicamente.)
Mas no me querrás matar,
que aunque te enojé, yo creo
que esclava de la razon
agradeces la intencion
que convirtióme en Proteo.
No fuera el tuyo, responde,
proceder extraordinario
si admitiste al secretario
agora esquivar al conde?
No está mejor, y más vale
á merecimiento y fama,
de tí, tan ilustre dama
quien más tu nobleza iguale?

SERAF. Calla, en vano pretendes sutilmente
disculpar tu conducta irreverente.
Si á merecer mi amor te fué preciso,
mover mi compasion por tu pobreza...
indigno medio fué de tu nobleza
y de tu amor tambien. Daréle aviso
al Duque agora de tu doble agravio,
que tal lo ha de juzgar el atreveros
á entrar en su palacio con ruin modo
para engañarme á mí y á él afrentalle.
Otros medios hallárades mejores
más ingeniosos de obligar al Duque
á que, por lo que sois, mi mano os diese.

ANTONIO. Repara que esto fué...

SERAF. Tenerme en poco.
Qué liviandad pudísteis sospecharme
para atrevido hacer lo que habeis hecho?

ANTONIO. Turbóme ciego amor...

SERAF. Conde, ya basta.
Estando ya obligada á don Duarte
y cercana mi boda, vos creísteis
que en tan poco mi fama y honra tengo,
que al decir: «Serafina, yo os adoro,»
habia de rendirme á vuestro gusto?

ANTONIO. Yo...

SERAF. Imaginarme á mí, mujer tan fácil

ha sido injuria que á mi honor héis hecho.

ANTONIO. Déjame disculpar de los errores
cometidos, que el juez más riguroso
ántes de sentenciar escucha al reo.
Te ví y te amé; y al tiempo que pensaba
revelárselo al duque, supe, ¡ay triste!
que ya mi pretension tarde llegaba,
pues tu padre otorgada ya tenía
al conde de Estremoz tu blanca mano.
Quise de aquí alejarme, más no pude,
prisionero en las redes de tus ojos.
Á locas esperanzas entreguéme,
de que un azar mi suerte trocaría,
y la trocó en *efeto*, cuando osado,
te declaré la llama en que me ardía,
y oísteis compasivo á tu criado,
permitiéndole amarte, aunque en secreto.
Y hoy que á decirte mi contento viene
las nuevas que me trajo Figueredo
de cómo don Duarte aspira en vano
al honor de llamarse esposo tuyo,
—porque otro antiguo empeño se lo veda,—
me mandas que te olvide y que me aleje?
Oh! Merece mi amor estas crueldades?
Será sin causa si de tí hoy me quejo?

SERAF. No fuera yo quien soy, si placentera
disculpa fácil á tu dolo diese...
(D. Antonio va á interrumpir.)
Ah! acabemos ya, conde; para hablarme
de vuestra pretension, si habeis de hacella,
decid ántes al Duque lo pasado
y volved de su vénia acompañado. (Váse.)

ANTONIO. Áspid que entre las rosas
de tu belleza escondes el veneno!...
Ejemplo de mujeres veleidosas...
¿Por qué de tu altivez no huyo sereno?
Plegue á amor que mis quejas amorosas
sufras un dia y penes como peno!
(Va á marcharse y se detiene en el dintel al ver allí á Rui y Lauro.)

ESCENA II.

DICHO, LAURO y RUI-LORENZO.

RUI-LOR. Allí hay á quien preguntemos...
á este hidalgo.
ANTONIO. (Á mí?)
RUI-LOR. Ea! Entrad!... (Entran.)
No nos direis si?...
ANTONIO. Apartad.
RUI-LOR. Ver al Duque pretendemos.
ANTONIO. Dirigíos á un criado,
que él os podrá responder.
RUI-LOR. Perdonad; llegué á creer
—acaso mal informado,—
si el honor os corresponde
de ser secretario aquí
del Duque...
ANTONIO. Si hasta hoy lo fuí...
Ya soy de Penela el conde!
(Con orgullo y cubriéndose. Váse por el foro.)

ESCENA III.

LAURO y RUI-LORENZO.

RUI-LOR. Fiero es!
LAURO. Altivo señor!
RUI-LOR. Convencido agora quedo
queste es el que Figueredo
dióme aquí por sucesor.
LAURO. Que aquí estuvo asalariado
todo un conde de Penela!
RUI-LOR. Esto, Lauro, te revela
que hízolo de enamorado.
LAURO. No entiendo.
RUI-LOR. La mejor parte
cobro en esto, pues se inclina
su amor hácia Serafina
siendo rival de don Duarte.
Esto supe, y advertido

dejé por carta al de Avero,
que así de mi bermana espero
restaure su honor perdido.

LAURO. Ah! sí: el Duque por su honor,
al saber lo que á ambos pasa,
ha de arrojar de su casa
á un infame seductor.

RUI-LOR. En eso estriba mi suerte,
y á más, que clemente en todo,
perdóneme del ruin modo
con que al de Extremoz la muerte
quise dalle...

LAURO. Ah! Vos ya veis
vencido casi el empeño
que trajísteis, mas yo un sueño
persigo.

RUI-LOR. No desmayeis,
que si la edá y la prudencia
prestan en la adversidad,
Lauro discreto, paciencia,
vuestra prudencia y edad
pueden hacer la experiencia.
Dejad el llanto prolijo.
Por sólo ausencia de un hijo
que convertirá ese llanto
brevemente en regocijo,
no es causa que lloreis tanto.
Su misma ausencia procura
honrar vuestra senectud
y hacer su dicha segura;
que siempre fué la virtud
principio de la ventura.
Él ya la tendrá por madre
y no hay por qué el llanto os cuadre.

LAURO. Mal argüis á que ceda.
Ventura él? No: el hijo hereda
las desdichas de su padre.
Yo de ellas tan castigado,
qué otra herencia le he legado
si no es la desgracia mia?
El solo muro que había
mi vejez... de mí apartado,

quizá su desdicha aumente
corriendo en pos de quimeras...
y hartas del hado inclemente
ha sufrido aunque inocente
desdichas terribles, fieras
de su infancia en el albor!

RUI-LOR. De tu ingenio superior,
Lauro, de tu culto hablar,
casi llego á sospechar
que no nacistes pastor.
Quién eres?

LAURO. Si lo supieras,
tú que á pasadas desgracias
desanimado te muestras,
comparadas con las mias
vieras las tuyas pequeñas.

RUI-LOR. Ese enigma me declara.

LAURO. Oye si es mi suerte adversa.
No es de Lauro mi apellido
ni mi patria éslo la selva
en donde á mi hijo hallaste.
Desciendo por línea recta
de los reyes lusitanos;
Alfonso quinto, que hoy reina,
es mi sobrino.

RUI-LOR. Qué escucho?
Duque de Coimbra, deja
que sellen tus piés mis labios.
Tu muerte tuve por cierta
segun de mis padres supe
relatos de tu tragedia.

LAURO. Alza del suelo y escucha
si acaso tienes paciencia,
para saber los vaivenes
de la fortuna y su rueda.
Murió el rey de Portugal,
mi hermano, en la primavera
de su juventud lozana,
mas la muerte, ¡ah! ¿qué no seca?
Dejó un hijo de seis años
que hoy es hombre y rey, é intenta
finar mi vida: su padre

al morir dejó en tutela
el gobierno de estos reinos
á la vez que á mí á la reina.
Esta murió y gocé solo
por completo la regencia,
en tanto no fuese el príncipe
de bastante edad y fuerza
para gobernar el trono
de su legítima herencia.
Pronto á cumplirse este plazo
de un perverso la destreza
y envidia, logró del jóven
gozar la privanza excelsa.
Yo en vano quise oponerme,
que él para afirmarse en ella
fraguó calumnias y escritos
aunque falsos, de manera
que al rey persuadan que quiero
levantarme con sus tierras.
Ayudáronle parciales,
creyólo la córte entera,
é irritado mi sobrino
llevóme á una fortaleza
á fin de que allí el verdugo
diérame muerte sangrienta.
Supe una noche propicia
el rigor de la sentencia
y á librarme, de mi lecho
las sábanas hice vendas
y descolguéme hasta el muro,
porque imposibles intenta
el que es padre y librar quiere
la vida que otras sustenta
y de la suya se animan.
En aquella noche mesma
dí aviso que me siguiese
en mi fuga la duquesa,
y ambos llegamos á un monte,
donde al cansancio y tristeza
murió la infeliz dejándome
un tierno infante, que apenas
pudo adivinar si estaba

su madre dormida ó muerta!

RUI-LOR. Qué es el que venís buscando?

LAURO. Norte mio son las señas
que nos dieron los pastores
cuando pregunté en la aldea
por los presos que trajeron
dias hace á la presencia
del Duque...

RUI-LOR. ¿Y si os reconoce?

LAURO. No me cuido ya que entienda,
soy el que regente fuí.
Fíome de su nobleza,
que amigos fuimos un tiempo
y aun sé que hizo diligencia
por saber de mí en secreto;
si bien logró mi cautela
evitarle ser mal quisto
con los que mi muerte anhelan.

RUI-LOR. Si aquí á vestro hijo trajeron
y el Duque le ha dado suelta,
viendo que no era yo el preso,
forzoso es dejára huella
de su estancia en esta villa
si es que se partió á la guerra.

LAURO. Por eso os rogué... mal dije;
por aqueso os hice fuerza
me trujéradeis con vos
ya que el Gran Duque desea
le informeis de vuestra hermana
la infelice Leonela
y el de Estremoz.

RUI-LOR. Yo he de hablarle
primero que á su presencia
llegueis vos.

LAURO. Eso es cordura.

RUI-LOR. Evitais de esa manera,
si no sabe de Mireno,
revelar vuestra existencia.

LAURO. Si no he de volver á verle
poco importa que la pierda.
De qué me sirve?

RUI-LOR. Oh! Callad!...

(Escuchando hácia adentro.)
LAURO. Ah, hijo mio!
RUI-LOR. Que álquien llega.

ESCENA IV.

DICHOS, FIGUEREDO.

FIGUER. El Duque os llama.
RUI-LOR. Á él acudo.
FIGUER. Vos, buen anciano, ahora es fuerza
os retireis á otra sala...
donde el Duque os dará audiencia.
LAURO. La vuestra me conceded
y decidme si se encuentra
preso aquí el pastor Mireno...
FIGUER. No sé daros más respuesta
si no que no hay preso alguno.
LAURO. Ah! es que yo...
RUI-LOR. (Ap. á Lauro.) (En tanto no os vea
el Duque, no os declareis.)
LAURO. Áun verle preso me niega
la triste fortuna mia!
RUI-LOR. Le vereis.
LAURO. Oh! Á Dios pluguiera!
(Se marchan por la puerta izquierda y salen por la del foro Mireno y Tarso.)

ESCENA V.

MIRENO y TARSO.

TARSO. Buenos estamos, por Dios!
Oirte me causa pena;
quita allá! La Magdalena
bien te quiere, ¡voto á ñós!
Más muestras quieres que dé
que decirte: «al cortesano
le dan, al dalle la mano,
para muchas cosas pié?»
¿Hay más que se signifique
una mujer principal?

Qué aguardabas?... pésie á tal!...
amante eres de alfeñique;
—que yo te daré este nombre,
pues no te osas atrever.—
¿Esperas que la mujer
haga el oficio del hombre?...
En qué especie de animales
no es la hembra festejada,
perseguida y regalada
con amorosas señales?...

MIRENO. Sí; mas yo...

TARSO. Tu arrullo empieza,
que lo demas es querer
el órden sábio romper
que puso naturaleza.
Habla; no pierdas por mudo
tal mujer y tal estado.

MIRENO. Un laberinto intrincado
es á fe el que temo y dudo.
No puedo yo imaginarme
que me prefieran, en mí celos,
al conde Vasconcelos;
pues llegando á compararme
con él, sé que es gran señor,
galan, discreto, y su tio
casi un rey, y desconfio
viéndome humilde pastor,
vástago de un tronco pobre;
que tan ilustre mujer
tan hermosa quiera hacer
más favor que al oro al cobre.

TARSO. Pues eso diz la aficion
con que te honra y favorece.

MIRENO. Los favores que me ofrece;
su afable conversacion...
el suspenderse, el mirar...
los enigmas y rodeos
con que explica sus deseos;
el fingir un tropezar,
—si es que fué fingido,—el darme
la mano, tienes razon,
debiera mi confusion

disipar y aun animarme.
Mas, ¡ay, Tarso!... entre el temor
y la esperanza me abraso.
Llego á hablarla, tengo el paso:
ceja el miedo?... impele amor...
y cuando más me provoca
y á hablalle el alma comienza,
enojada la vergüenza
llega y tápame la boca.

TARSO. Vergüenza? Tal dice un hombre?
Vive Dios!... que estoy corrido
de haber de tu labio oido
tal necedá! No te asombre
que así llame á tu temor
por no llamarle locura.
Miren, pues, qué criatura
ó qué doncella *Teodor*
eres tú—visto despacio—
que diga vergüenza tiene?...
Si es así, para que viene
el vergonzoso á palacio?...
Amor vergonzoso y mudo
medrará poco, señor,
que á tener vergüenza amor,
no le pintáran desnudo.
No hayas miedo que se ofenda
cuando digas tus antojos;
vendados tiene los ojos,
pero la boca sin venda.
Habla... ó yo se lo diré,
porque si callas, es llano
que quien te dió pié, en la mano
tiene de dejarte á pié.

MIRENO. Bien me estás aconsejando,
que amor que es mudo no es cuerdo;
mas, si por hablar hoy pierdo
lo que poseo callando?
Si agora con mi privanza
imagino que me tiene
amor, y aquesto entretiene
mi incierta y loca esperanza,
¿á qué declarar mi amor

para que venga en mi daño
el castigo y desengaño
que me guarda su rigor?...
¿No es mucho más acertado
—aunque la lengua sea muda—
gozar un amor en duda
que un desden averigüado?
Mi vergüenza esto señala;
esto intenta mi secreto.

TARSO. Dijo una vez un discreto
que en tres cosas era mala
la vergüenza y el temor.

MIRENO. Y eran?

TARSO. Escucha despacio:
en el púlpito, en palacio
y en decir uno su amor.
En palacio estás, los cielos
te abren camino anchuroso:
no pierdas por vergonzoso...

MIRENO. Si al conde de Vasconcelos
ama, cómo puede ser?

TARSO. No lo creas.

MIRENO. Si lo veo
y ella lo dice?...

TARSO. Es rodeo
y traza para saber
si amas tú: á hablarla comienza,
que por Dios si la perdemos,
al monte volver podemos
á pastar.

MIRENO. Si la vergüenza
me da lugar, yo lo haré
aunque pierda vida y fama.

TARSO. Chito! que llegó una dama...
tan muda como tú á fé.
Bien puede servirnos de *Hito*.
(La dama que ha salido trae cartera de despacho, que pondrá sobre la mesa.)
¿Qué es aquello que previene?

MIRENO. La cartera donde tiene
Magdalena lo que ha escrito.
Ya aquí no habemos de estar,

que ella saldrá; y bien se infiere
que es costumbre que yo espere
á que me mande llegar.

TARSO. Háblala luégo, despacio,
y al alma.

MIRENO. Temo...

TARSO. Es forzoso.
¿Á qué si no al vergonzoso
le trujo el diablo á palacio?...
(Los dos se retiran á la antecámara.)

ESCENA VI.

MAGDALENA.

Sale: se sienta distraida: despues abre el abanico, en el cual se supone una lámina de Cupido.

Ciego Dios, ¿qué, no os avergüenza
la cortedad y el temor?...
De cuándo acá, niño amor,
sois hombre y teneis vergüenza?
Es posible que vivis
en don Dionís y que os llama
su dios? Sí. Pues si me ama,
cómo calla don Dionís?
Decláreme sus antojos,
pues callar un hombre es mengua;
dígame una vez su lengua
lo que me dicen sus ojos.
Si teme mi calidad
su pobre y humilde estado,
bastante ocasion le ha dado
mi atrevida libertad.
Ya le han dicho que le adoro
mis ojos, aunque fué en vano.
La lengua al dalle la mano,
—á costa de mi decoro,—
ya abrió el camino que pudo
á su miedo. ¡Ah! Ciego infante!
ya que me habeis dado amante,

por qué me le dísteis mudo?
(Arroja el abanico sobre la mesa.)
Mas no me admiro lo sea,
pues tanto amor me humilló,
que aun diciéndoselo yo
podrá ser que no lo crea.
(Hace seña á la dama, la cual, despues de recibir la órden de Magdalena, va á la antecámara y habla con Mireno.)
Ved si don Dionís ya viene
á darme liccion. Oh! Á dar
liccion vendrá de callar,
pues aun palabras no tiene.
(Vuelve la dama cerca de Magdalena, ésta le hace seña de que se marche, y aquella obedece.)
De suerte me trata, Amor,
que mi pena no consiente
más silencio: abiertamente
le declararé mi amor
contra el comun órden y uso.
Mas tiene de ser de modo
que aun diciéndoselo todo
le he de dejar más confuso.
(Se sienta junto al bufete y finge dormir.)

ESCENA VII.

MAGDALENA y MIRENO.

MIRENO. Las plantas beso á vuecencia.
(Hace reverencia desde el dintel.)
¿Es hora de dar liccion? (Pausa.)
(Ya comienza el corazon
á temblar en su presencia!)
Señora? (Si aún no me ha visto?
(Se acerca y hace otra reverencia.)
Inmóvil sobre la silla
y la mano en la mejilla
está...)

MAGD. (En vano me resisto
á este ardid: me ha de entender
como que dormida estoy.)

MIRENO. Don Dionís, señora, soy...
(Reverencia y pausa.)
No me responde!—Si duerme?—
(La observa cauteloso.)
—Durmiendo está!... (Pausa.)
Atrevimiento,
agora es tiempo; llegad
á contemplar la beldad
que ofusca mi entendimiento!
Cerrados tendrá los ojos;
llegar puedo sin temor,
que si son flechas de amor
no me podrán dar enojos.
(Se aproxima de puntillas y la contempla extasiado.)
¿Hizo el autor soberano
de nuestra naturaleza
más acabada belleza?
Besarla quiero una mano...
(Cierra la cortina de la puerta derecha.)
Llegaré? Sí! Pero no!.. (Llega y se detiene.)
que es la reliquia divina
y mi humilde boca indina
de tocarla. ¿Pero yo
soy hombre y tiemblo? Qué es esto?
Ánimo! No duerme? Sí!
(Llega decidido; alarga su mano para tomar la de Magdalena, pero titubea, se detiene y aparta; Magdalena hace un pequeño movimiento de despecho, que reprime luégo y vuelve á quedar inmóvil.)
Pues ¡ea!... Pero... Ay de mí!...
que el peligro es manifiesto;
si dispierta ¿qué he de hacer
hallándome de este modo?
Para no perder el *todo*
bueno es lo *poco* perder.
El temor al amor venza
y afuera quiero esperar.
(Vuelve la espalda y da algunos pasos para retirarse; Magdalena observa á hurtadillas siguiéndole con la vista.)

MAGD. (Que no se atrevió á llegar?
Mal haya tanta vergüenza!) (Repite el fuego.)
MIRENO. Oh! Amor me retiene aquí...
Pero no; durmiendo está,
y vóime...
(Se retira hasta llegar al dintel de la puerta del foro; Magdalena manifiesto sentimiento.)
MAGD. (Que al fin se va?)
Don Dionis?... (Entre dientes.)
MIRENO. (Llamóme? Sí.
Cuán presto que despertó!
Digo! Qué bueno quedára
si mi intento ejecutára.
(Se acerca y saluda. Magdalena permanece inmóvil y habla algun monosílabo como entre sueños.)
Mas no está despierta... no...
que en sueños pienso que acierta
mi esperanza apetecida,
y quien me llama dormida
no me quiere mal despierta.
MAGD. Le amo! (En sueños.)
MIRENO. Si soñando está
en mí? ¡Ay! cielos! Quién supiera
lo que dice?
MAGD. No os vais fuera? (Como soñando.)
Llegaos, don Dionís, acá...
MIRENO. Llegar me manda en su sueño?
Cuán venturosa ocasion!
Obedecella es razon!... (Se acerma más.)
pues aunque duerme, es mi dueño.
Amor, acabad de hablar,
que yo entienda... (Breve pausa.)
MAGD. Don Dionís: (Id.)
ya que á enseñarme venís
á un tiempo á escribir y amar...
MIRENO. Oh! (Gozoso.)
MAGD. Al conde de Vasconcelos...
MIRENO. Ah! celos!... Qué es lo que veis?...
MAGD. Quisiera ver si sabeis
qué es amor y qué son celos.
Decidme, ¿teneis amor? (Pausa.)
De qué os poneis colorado?

(Sonriendo y con burla.)
Qué vergüenza os ha turbado?
Ánimo, fuera el temor.
Si esto es verdad, para qué
os avergonzais así? (Pausa.)
Quereis bien?—«*Señora, sí.*»
(Imitando la voz y tono suave de Mireno; éste suspira.)
Gracias á Dios que os saqué
una palabra siquiera!
(Marcada expresion de alegría.)

MIRENO. Hay sueño más amoroso?
Oh! Mil veces venturoso
quien te escucha y considera!
Aunque tengo por más cierto
que yo solamente soy
el que soñándolo estoy,
pues no debo estar despierto.

MAGD. Y habeis dicho á vuestra dama
vuestro amor?—«*No me he atrevido.*»
(Con ñoñería.)
Luego nunca lo ha sabido?
—«*No!*»—Decid cómo se llama?...
—«*¡Yo no me atrevo ¡ay de mi!*» (Id.)
¿Y si yo su nombre os doy?
Direis si es ella, si soy
yo acaso?—«*Señora, sí.*» (En tono resuelto.)
Pues hablad de aquí adelante,
don Dionís, á esto os exhorto,
que en juegos de amor no es cargo
tan grande un cinco de largo
como es un cinco de corto.
Dias há que os preferí
al conde de Vasconcelos.

MIRENO. Ah! Qué oigo, piadosos cielos!
(Magdalena alarga instintivamente la mano hácia Mireno; éste la ase con la suya, da un grito de gozo y se la besa, Magdalena finge despertar asustada y se levanta.)

MAGD. Ay Jesús! quién está aquí?
Quién os trajo á mi presencia?

MIRENO. Perdonad, señora mia!

MAGD. Á qué vinísteis?... (Con acritud.)
MIRENO. (Turbado.) Venía...
á dar á vuestra excelencia
liccion: halléla durmiendo,
y mientras que despertaba,
aquí, señora, aguardaba.
MAGD. (Sonriendo y con cómica resignacion.)
Dormíme, en fin, y no entiendo
de qué pudo sucederme,
que es gran novedad en mí
quedarme dormida así.
(Breve pausa, en la cual Mireno manifiesta con la accion que resuelve declararse.)
MIRENO. Si sueña siempre que duerme
vuestra excelencia del modo
que agora... dichoso yo!
MAGD. (Gracias al cielo que habló
este mudo!) (Respirando fuerte.)
MIRENO. (Tiemblo todo!)
MAGD. (Con amabilidad.)
Sabeis vos lo que he soñado?
MIRENO. Poco es menester saber
para eso. (Animándose.)
MAGD. (Con burla.) Debeis de ser
otro José!...
MIRENO. Su traslado
en la cortedad he sido,
pero no en adivinar. (Insinuante.)
MAGD. Ganosa estoy de aclarar
cómo el sueño habeis sabido.
MIRENO. Durmiendo vuestra excelencia
por palabras le ha explicado.
MAGD. (Con fingido asombro y rubor.)
Válame Dios!
MIRENO. Y he sacado
en mi favor la sentencia...
que falta ser confirmada
para hacer mi dicha cierta,
por vuexcelencia despierta.
MAGD. Yo? No me acuerdo de nada.
Decídmelo: podrá ser
que me acuerde de algo agora.

MIRENO. (Va á hablar, titubea y se detiene.)
No me atrevo, gran señora.
MAGD. Muy malo debe de ser
pues no me lo osais decir.
MIRENO. No tiene cosa peor
que haber sido en mi favor.
MAGD. Mucho lo deseo oir: (Breve pausa.)
acabad ya. ¡Por mi vida!
(Impaciente y jurando.)
MIRENO. Ah! Es tan grande el juramento
que anima mi atrevimiento!
MAG. Hablad!...
MIRENO. Vuecencia dormida...
Tengo vergüenza.
(Detiénese y cambia de tono cómicamente. Magdalena muestra gran impaciencia.)
MAGD. Acabad;
que estais, don Dionis, pesado!
MIRENO. Abiertamente ha mostrado...
(Balbuceando temeroso.)
que me tiene voluntad.
MAGD. Yo?... Cómo?... (Con amable ingenuidad.)
MIRENO. Calmó mis celos,
y en sueños me ha prometido...
MAGD. ¿Qué?...
MIRENO. Que he de ser preferido
al conde de Vasconcelos...
(Magdalena muestra alegría; Mireno la observa receloso.)
Ved, pues, si en esta ocasion
son los favores pequeños!...
MAGD. Sí? Pues yo... Ah! No creais sueños,
que los sueños... sueños son!
(Magdalena le mira en silencio, cariñosa, y en el momento en que pronuncia «Pues...» y se decide á contestarle favorable, ve á Serafina que se presenta en la puerta derecha. Entónces hace una violenta y hábil transicion en tono y semblante que deja confundido á Mireno y pasa rápidamente á la puerta á recibir á Serafina, con la cual habla durante el monólogo de Mireno, y despues las dos pasan á sentarse junto á la mesa.)

ESCENA VIII.

DICHOS, SERAFINA.

MIRENO. (Oh! Habré de perder el seso!
Cuando sube mi esperanza
carga el desden la balanza
y se deja en fiel el peso.
No he de hablar más en mi vida,
pues mi desdicha concierta
que me desprecie despierta
quien me quiere bien dormida.
Calle el alma su pasion
y sirva á mejores dueños,
sin dar crédito á más sueños,
que los sueños sueños son!)

MAGD. De cierto vienes por mí?

SERAF. Pues por quién?

MAGD. Si te desvela
encontrar al de Penela...
(Manifestando con la accion que no se halla allí.)

SERAE. Oh! Huyendo de él vine aquí
á ver cómo dais licion.

MAGD Veráslo. (Se sienta al bufete.)

SERAF. Tu carta ví
para el conde, en que leí
del sobrescrito el renglon,
y complacióme.—Escribís
muy claro.

MAGD. (Con reticencia, mirando á Mireno.)
Y aún no lo entiende
con ser tan claro, y se ofende
mi maëstro don Dionís. (Recalcado.)

MIRENO. Oh! Perdóneme vuecencia:
el maestro sabe el honor
que le haceis...

MAGD. (Mostrándole un papel.) Ves lo mejor
que escribo?...

SERAF. Sí.

MAGD. Pues la ciencia
de don Dionis hace vana

mi aplicacion.

SERAF. (Reconviniéndole.) Sí?

MIRENO. (Disculpándose y suspirando.) Ah! señora!

MAGD. Escribí no há un cuarto de hora
medio dormida, una plana
tan clara, que la entendiera
aun quien no sabe leer.
No se da bien á entender
mi estilo?... (Con burla.)

MIRENO. Servir pudiera,
segun los giros que traza
de arte, para *bien hablar*.

MAGD. Y á vos, maestro, el de callar.
Os place, eh?...

MIRENO. Sólo rechaza
mi gusto el postrer renglon.
—Por más que la pluma excuso—
porque estaba muy confuso...

MAGD. (Con soflama.)
Diréislo por el borron
que eché á la postre?

MIRENO. Pues no?

MAGD. Pues adrede lo eché allí.

MIRENO. (Id.) Sólo el borron corregí
porque lo demas borró.

MAGD. Bien le pudisteis quitar,
que un borron no es mucha mengua.

MIRENO. Cómo?

MAGD. (Enojada.) El borron con la lengua
se quita y no con callar.

MIRENO. (Ap. gozoso.) (Oh!...

MAGD. Cortad agora plumas.)

MIRENO. (Ap.) (Ah! El placer me vuelve loco!)
(Coge cortaplumas.)

MAGD. Breve! Hum! Sois para tan poco...

SERAF. Ríñesle?

MAGD. No hay que presumas,
que de vergüenza no sabe
hacer cosa de provecho.

SERAF. Pues padre está satisfecho
de él y mucho!
(Mireno toma un mazo de plumas.)

MAGD. En cosa grave
quizá; no en otros asuntos
de ingenio: maestro? acabad!
MIRENO. Es que desato...
MAGD. (Con ira.) Cortad.
MIRENO. Han de ser *cortos* los puntos?
MAGD. Qué amigo sois de lo *corto*! (Con ira.)
Largos los pido: cortadlos
de aqueste modo ó dejadlos.
MIRENO. Ya, gran señora, los corto.
SERAF. Severa estás! (Á Magdalena.)
(Mireno moja la pluma en el tintero.)
MAGD. Mal se aviene
mi genio á hombre vergonzoso
como él, por demas miedoso!...
La pluma?... (Á Mireno con enfado.)
MIRENO. Ya tinta tiene. (Presentándola.)
MAGD. Mostrad. Uf! qué mala! ay, Dios! (La arroja.)
SERAF. Por qué la arrojas al suelo?
MAGD. (Á Serafina.) Siempre me la da con pelo!
Líbreme el cielo de vos! (Á Mireno.)
Quitadle con el cuchillo.
SERAF. (No sé de esto qué presuma!)
MAGD. (Siempre con pelo la pluma
y la lengua con frenillo!)
MIRENO. (Gozoso.) (Propicios me son los cielos;
su ira convierto en favor!)

ESCENA IX.

DICHOS y D. ANTONIO.

Éste saluda á Magdalena y se dirige á Serafina. Mireno se pone á escribir; Magdalena le observa á hurtadillas, mientras atiende á D. Antonio.

ANTONIO. Hablé al Duque mi señor,
y á calmarte en tus recelos
vengo, bella Serafina:
tu padre oyó de mis labios
los que tú llamas agravios,
y á disculparme se inclina

por mi engaño y sutileza;
pues harto está persuadido
que si te mentí no ha sido
en mengua de su nobleza.

SERAF. Si al Duque no le ofendió
tu engaño y atrevimiento,
en perdonarte consiento.

ANTONIO. Pasó el enojo?
(Pidiéndole la mano, que Serafina le da cariñosa.)

SERAF. Pasó.

ANTONIO. Para nunca más volver?

SERAF. De ello mi amor te responde.
Mas qué arguyó el Duque al Conde
para mi enlace romper?
Vos le visteis?

ANTONIO. Sí en rigor.
Entre enojo y cortesía
que casarse no podía
contigo el que era deudor
á otra mujer de su fama,
rogándole se casase
con Leonela y restaurase
así el honor de esta dama.

SERAF. Y el Conde?...

ANTONIO. Quedó confuso;
y en muestra de arrepentido
á casarse decidido
partir hoy mismo dispuso
con Rui-Lorenzo, de Avero.
Los dos la posta tomaron
y á Évora se encaminaron
á cumplir cual caballero
el de Estremoz...

SERAF. Bien!

MAGD. Gran pena
sin esto hubiera tenido,
porque sé érais preferido
al Conde.

ANTONIO. Vos, Magdalena,
gozo y albricia ganada
le debeis á mis anhelos!...

MAGD. Pues qué?...

NTONIO. El conde Vasconcelos
está un cuarto de jornada
de esta villa.

MAGD. Oh! Qué?...

MIRENO. (Ay de mí!)
(Deja de escribir.)

ANTONIO. Muy pronto llegará aquí;
pero trae tan limitada
dicen del rey la licencia,
que no hará más que casarse
mañana y luégo tornarse.

SERAF. Por fin la ocasion llegó
que deseas!

MAGD. (Saldrá vana!)
(Resueltamente se pone á escribir con rapidez.)

MIRENO. (Ay! cielo!)

MAGD. (Mi bien suspira!)

SERAF. Vamos, deja aqueso y mira
que has de casarte mañana.

MAGD. Don Dionis, en acabando
de escribir esto, leed
atentamente, y haced
luégo lo que aquí yo os mando.

MIRENO. (En voz baja y acento apasionado.)
(Si yo la ocasion perdí,
qué he de hacer? Ah suerte dura!

MAGD. Amor todo es coyuntura.)
(Rápidamente y en cariñosa confidencia le da el papel y juntándose á Serafina se va con ella y Don Antonio.)

ESCENA X.

MIRENO.

Qué será esto?... Dice ansí:
«No da el tiempo más espacio;
esta noche en el jardin
tendrán los temores fin
del vergonzoso en palacio.»
Cielos! Qué escucho? Qué veo?
Esta noche? Hay más ventura?
Si lo sueño? Si es locura?

No es posible, no lo creo!
«Esta noche en el jardin...» (Leyendo.)
Vive Dios, que está aquí escrito!
Qué más prueba necesito
de su amor? Dichoso fin!
Vóime al jardin, y en su espacio
juro dará envidia y celos
al conde de Vasconcelos
el vergonzoso en palacio! (Váse.)

ESCENA XI.

El DUQUE, LAURO, FIGUEREDO.

DUQUE. Venid, oh, Duque, venid;
cuando yo me afané tanto
por hallar vuestro retiro,
el cielo piadoso ha dado
la solucion más propicia
que pudiera, presentándoos
en ocasion en que puede
haceros saber mi labio
que há ya tiempo recibí
un pregon del rey, firmado
y escrito al finar sus dias.
Santaren, vuestro adversario,
en que inocente os declara
de su conciencia en descargo.

LAURO. Ah! Dios siempre hace justicia!
Duque amigo, sus arcanos
son inescrutables, hoy,
que llegué desesperado
aquí en busca de mi hijo,
los peligros arrostrando
de una sentencia de muerte,
vuestros cariñosos brazos
me estrechan, y vuestra boca
el perdon del soberano
me anuncia. Bendito él sea!

DUQUE. Ya en mi córte luengos años
vivireis...

LAURO. Pocos serán:

si es lenitivo al quebranto
que sufro, vuestra amistad,
sin saber si mi hijo amado
murió en la guerra si aún vive,
pronto al sepulcro este anciano
darále lo que es tan suyo.

DUQUE. No dejó huella ni rastro
para indagar?...

LAURO. El mancebo
que aquí vínome guiando,
nada más declarar puede
sino que él hubo trocado
con un pastor su vestido
en el monte.

DUQUE. (Ap.) (Será acaso?...
No es posible...)

LAURO. Qué os agita?

DUQUE. Un suceso extraordinario
si es tal cual yo lo presiento.

LAURO. No me direis?

DUQUE. Entre tanto
quiero que honreis á mis hijas.
Figueredo? Al secretario
de Magdalena llamad!
y de suceso tan fausto
sepan tambien mis dos hijas...

FIGUER. Á entrambas acompañando
viene el conde de Penela.

DUQUE. Cumplid con el otro encargo
que os hice.

FIGUER. Voy á cumplirle. (Váse.)

ESCENA XII.

DICHOS, MAGDALENA, SERAFINA, ANTONIO.

MAGD. Señor, habéisnos llamado?

SERAF. Qué manda vuestra excelencia?

DUQUE. Que beseis, hijas, la mano
al gran duque de Coimbra,
vuestro tio!

MAGD. (Ap.) (Oh! Yo este fausto

suceso he de aprovechar.)

SERAF. y MAGD. Señor...

DUQUE. Á sus piés postraos,
y que él á su vez bendiga
vuestro enlace proyectado
con el conde de Penela
presente aquí, y el que aguardo
llegue pronto Vasconcelos.

LAURO. Goceis, sobrinas, mil años (Se arrodillan.)
los esposos que os esperan.
(Levanta á Serafina, Magdalena permanece arrodillada.)

SERAF. El cielo guarde otros tantos
la vida de vuecelencia.

MAGD. Si la mia estimais algo,
yo os ruego, y así propicios
de aquí adelante los hados
os dejen ver reyes nietos,
que, por los cielos sagrados,
impidais mi matrímonio
con Vasconcelos tratado.

DUQUE. Qué dices?

TODOS. Ah!

DUQUE. Que esto escuche?...

MAGD. Perdóname. Aunque el recato
de la mujeril vergüenza
atropelle, al fin oiráslo.
Sabe. señor, que no soy
ya libre; casada me hallo.

DUQUE. Perdiste el juicio?... Atrevida?...

MAGD. El cielo y amor me han dado
esposo, aunque humilde y pobre,
discreto mozo y gallardo.
Suya he de ser ó morir!

DUQUE. Qué dudo que no te mato?
Mas sí haré... (Sacando la espada.)

ESCENA XIII.

DICHOS, MIRENO y TARSO.

MIRENO. No, vive el cielo!

mientras yo aliente!
(Con la espada acudiendo á ser escudo de Magdalena.)

LAURO. Hijo amado!...
Te hallo al fin!
(Lleno de júbilo y sorpresa, corriendo á su encuentro.)

MIRENO. Ah! Padre mio!
(Id. sin abandonar á Magdalena.)

MAGD. y SERAF. Su padre!

LAURO. (Con viva emocion.) Ven á mis brazos!
Qué tardas?

DUQUE. Que es vuestro hijo?

LAURO. El hijo en quien idolatro!
el único en quien recae
el dominio de mi Estado.

MIRENO. No os comprendo: de otro enigma
la solucion va buscando
mi corazon.—Señor Duque...
(Ya al uno ya al otro.)
Padre y señor... Yo la amo.
(Con sublimidad juvenil.)
Ella es el ser de mi ser,
mi luz, mi gloria, mi encanto;
en la lumbre de sus ojos
cual mariposa me abraso.
¿No es cierto, dí, que al mirarse
nuestras almas se enlazaron
con nudo que ni la muerte
podrá desatar?...

MAGD. (Con alegre malicia cómica.)
Yo callo,
que ahora me toca hacer
de Vergonzosa en Palacio.

MIRENO. Padre, si quereis mi vida!...
—Señor, á tus piés me abato...
(Á los dos.) Ceded á la voluntad
de los cielos soberanos!
—Tú quisísteme pastor,
y mis pensamientos altos
de entre los bosques y selvas
á la córte me llevaron.

Soñé en el laurel de Marte,
y amor me ofrece su lauro.
—Padre!—Señor!...

DUQUE. (Con noble afabilidad.) Soy contento.

LAURO. Y yo! (Con gozo.)

DUQUE. Sed felices. (Uniéndolos.) Ambos.

MIRENO. De gozo en mi pecho salta
el corazon á pedazos!

MAGD. Señor?... (Á Lauro.)

LAURO Abrázame, hija! (Á Magdalena.)

DUQUE. (Con afabilidad á Mireno que se le ha acercado.)
Qué bien habeis enseñado
á escribir á Magdalena!

MIRENO. Como es el amor tan sabio!..

TARSO. Duque, Mireno? (Presentándose á él.)
(Con rústica libertad y cariñoso desenfado.)

MIRENO. (Afectuoso.) Y tu amigo.
Siempre estarás á mi lado.
(Ofreciendo á lo príncipe.)

TARSO. Qué he de estar?... Por esos mundos
me voy más listo que un gamo,
á ver si á tu buen ejemplo,
(Con fatuidad cómica.)
con otra infanta me caso.

MAGD. Admiré tu gallardía,
tu entendimiento preclaro,
(Á Mireno. Poco á poco se separa de la situacion dramática para concluir con la lírica.)
y me hizo su esclava amor
sin yo poder evitarlo:
Amor, que viste pellico
por los montes solitarios,
y en los palacios de oro
las galas de cortesano:
Amor, que junta las almas
sin hallar jamás reparo
en las barreras crueles
que inventó el hombre insensato:
Amor, que en el pecho infunde
vida, valor, entusiasmo:
Amor, fuerte cual la muerte
que une cetros y cayados.

Te ví, te amé, creció el fuego,
y te declaré soñando
lo que decían los ojos,
en muda prision los labios!
(Al público.)
¿Tirso pinta desenvuelta
á la mujer? Oh! qué engaño!
Tirso la dibujó siempre
con el pecho enamorado.
Ardiente amor verdadero
puso, no el aleve y falso,
no el criminal, en la dulce
mitad del género humano.
Sin pintarle de capricho,
hizo de Amor el retrato:
tiren su piedra los fuertes,
si le puso en frágil vaso.
Por algo tres siglos rinden
su admiracion y su aplauso
al autor incomparable
de El vergonzoso en palacio.

FIN.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

que han sido representadas en los principales teatros de Madrid, y se hallan de venta en las librerías de España y Ultramar.

Ahogarse á la orilla.
Amor y travesura.
Á secreto agravio...
La piel de culebra.
Luzbel predicador.
La pastora del Roncal.
El alcalde de Tronchon.
El amor de una pollita.
Paco y Manuela.
Una noche en Trijueque.
¡Qué plaga!
Similia, Sinilibus, etc.
Marta la piadosa.
Las travesuras de Juan.
La muerte civil.
Un lio entre dos castaños.
La vida es sueño.
Rey valiente y justiciero.
El vergonzoso en palacio.
El purgatorio de infieles.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

Arriba y abajo.	1	Sres. Granés y Navarro..	Libro.
Á orillas del cocido.	1	D. Rafael María Liern...	Libro.
Don José Sevillano.	1	M. Genaro Rentero..	Libro.
El impuesto de guerra.	1	Sres. Liern y Monfort...	L. y M.
Tres tipos del año XX.	1	D. E. Jackson Cortés...	Libro.
El diamante negro.	2	R. María Liern.....	Libro.
La clave.	2	M. Ferndz. Caballero.	Músic
La vuelta al mundo,	3	L. Mariano de Larra.	Libro.

Han dejado de pertenecer á esta Galería el libro de la zarzuela en un acto, titulada: *Para una modista... un sastre,* y todas las obras del catálogo de D. José María Moles.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.